

## JOYAS ESPIRITUALES

EL REINO DE LAS HADAS	16- 02-1987
CUANDO JESUS VIENE A TI	21- 01-1987
LA PRUEBA DE ESTEBAN	26-10-1987
CON LA MIRADA PUESTA EN EL CIELO	1-09-1992
SIGUIENDO AL MAESTRO	4-06-1992
EL ESPIRITU CONFUSO	30-06-1992
UNA PEQUEÑA NINFA	2-07-1992

Escrito por:

CLARA EISMAN PATÓN

## EL REINO DE LAS HADAS -16-2-1987

### 1

La historia que voy a contar es fantástica, extremadamente maravillosa. Un día me la contó un hada.

Era una noche de frío invierno, los relámpagos alumbraban el campo, seguidos del trueno. Llovía como si del diluvio se tratara, las gotas gordas de agua pegaban con fuerza en la puerta de mi casa. De pronto oí como llamaban a la puerta, no presté atención, pues pensé que se trataba del mismo temporal que estaba haciendo, y fuera el aire que golpeaba la puerta ¿Quién podría venir por este lugar tan apartado, y la noche tan oscura? En aquél lugar del campo, era mi casa la única que había.

De nuevo volvieron a llamar con la palma de la mano. Me levanté del sillón que estaba junto a la chimenea. El perro, mi compañero también se puso en pie, y nos dirigimos a la puerta.

Vivíamos los dos solos en esa casa que mis padres me dejaron al morir. Mi compañero era viejo, y estaba pesado, era un San Bernardo, nos hacíamos compañía. Yo era un hombre solitario de treinta años de edad.

Me paré detrás de la puerta unos instantes ¿Quién podría ser el valiente que estuviera por aquél monte solitario, y con noche de tormenta! No lo pensé más y abrí la puerta. Mi sorpresa fue enorme, al ver que había delante de mí, una hermosa joven, con una bonita silueta, de cabellos dorados y brillantes, que les cubría media espalda, de un bonito ondulado.

Esta joven, no llevaba abrigo, solo un vestido color azul, largo, cubriéndole los pies, de escote redondo, y mangas largas. Después de estar unos instantes observándola, la invite a que entrara, pues debía estar mojada, pero no era así. Ella se quedó en el umbral de la puerta, mirándome sonriente, con cara de ángel y de princesa al mismo tiempo. Yo seguía con la puerta abierta, con la mirada puesta en la de ella, me había quedado inmobilizado, la garganta la tenía seca, y era posible que la voz no me saliera. Estaba maravillado, y aterrado de contemplar tanta belleza.

Entró paulatinamente, sin dejar de observarme. También la entrada de la casa, y a mi amigo lucero. Cerré la puerta, y me coloqué a un lado junto a ella, seguidamente reaccioné, y me apresuré a ofrecerle mi sillón para que se sentara.

- Gracias - Me dijo con una sonrisa.

Lucero se sentó a los pies de ella, no estaba acostumbrado que viniera nadie. Yo no sabía qué hacer, ¡Me vi tan poca cosa al lado de aquella belleza! Me estaba preparando para hablarle, esperaba el momento que de mi garganta saliese la voz. Me impresionaban sus ojos grandes, y de un azul cielo, también su piel mate, no había visto jamás una mujer tan hermosa, y mágica.

Me aclaré la garganta, por ella salió un hilo de voz, y lo primero que se me ocurrió fue decirle.

- ¿Le hago café? O prefiere caldo caliente.

- Quiero descansar si no le importa - Respondió.

- ¿Viene de muy lejos?

- Depende de cómo se mire - Respondió con la mirada sonriente.

No quise entrar más en detalles, pues, la pregunta que le hice carecía de valor, puesto, que esa hermosa mujer había venido sola, y era imposible que pudiese subir el monte, con la gran pendiente, y el barro que debía haber. Era como si la hubiesen dejado en la puerta, en un helicóptero.

Ella esperaba a que yo le ofreciera un dormitorio, y el único que le podía ofrecer era el mío. La casa era vieja y allí hacia años que no iba nadie. Las otras dos habitaciones que había, estaban llenas de trastos viejos, y que yo no hacía servir, la mejor y la única era la mía. Yo dormiría en el sillón, de todas las maneras muchas noches me quedaba dormido al calor de la chimenea y cuando me despertaba, estaba amaneciendo.

Entré en mi dormitorio, y cambié las sábanas de la cama, puse un poco de orden en la habitación. Al tiempo de salir, estaba ella esperando en la puerta con la mirada serena y sin ninguna inquietud. Me puse a un lado para que ella pasara, cuando estaba a punto de cerrar la puerta, le pregunté.

- ¿Cómo se llama?

- Ondina - Respondió con la voz suave.

Cerró la puerta, y yo me quedé pensando, y repetí por lo bajo - ¿Ondina? ¡Qué nombre! Jamás lo había oído. Ese nombre era tan misterioso como ella.

Fui junto a la chimenea, y me senté en el sillón. Lucero seguía sentado en el mismo sitio, dormía tranquilo, era como si en casa no hubiese venido nadie.

Me sentía diferente sabiendo que había una hermosa mujer durmiendo en mi cama. Aún seguía preguntándome - ¿Cómo había llegado en esa noche de tormenta? - Me hubiese gustado preguntárselo a ella, pero no sé qué fue lo que me ocurrió al verla, me quedé congelado, y hasta frío yo creo. Pensaba en ella, una mujer tan bella dormía en mi cama ¿Estaría soñando?

La noche la pasé durmiendo a ratos, cuando me despertaba, miraba a la puerta de mi habitación, y detenía la respiración por si oía algún ruido. Pero toda la casa permanecía en silencio, sólo se podía oír las chispas que desprendían de los chopos que estaban ardiendo en la chimenea, y fuera, la lluvia caer, y también algún trueno ya lejano. No me atrevía a hacer

ruido, y me limité a reclinar mi cabeza en el respaldo del sillón, tratando de dormir.

Antes que amaneciera, me había despertado, de hecho, dormí a ratos, y en uno de estos trocitos que supongo serían de una hora, tuve un sueño, que al despertarme, me dejó confuso - Me levantaba del sillón, y me dirigía a la puerta de mi habitación. Sabía que esa mujer dormía en ella, empujé la puerta, hasta que se abrió, miré en la cama, estaba vacía, la cama hecha como yo la había dejado. Miré en el dormitorio buscando esa deliciosa mujer, y comprobé que allí no estaba. La ventana del dormitorio estaba abierta, y por ella entraba un color dorado luminoso - Pensando en este sueño reaccioné al oír la puerta del dormitorio que se abría, y seguidamente venía hacia donde me encontraba, la radiante joven, seguía igual que la noche anterior. Me levanté del sillón, y sin saber qué decirle, le ofrecí un plato de sopa caliente que hacía por las mañanas, yo pronto la iba a tomar.

- ¿Quiere acompañarme en el desayuno? - Le pregunté.
- No gracias - Respondió amablemente - ¿Cómo es tu nombre?
- Ángel - Le respondí.

Se fijó en mi amigo y dijo.

- ¿Tu perro Lucero?
- Sí, ¿Cómo lo sabe?
- Anoche lo llamaste así.

Me quedé pensando. Estaba seguro que no lo hice. Lucero me acompañó hasta la puerta, y seguidamente, se fue a sentar a los pies de ella.

Volví a insistir para que comiera un plato de sopa. Hacía frío, y yo sentía aún más de verla a ella vestida con un vestido azul de raso fino. Esta vez no me lo negó, y en la única mesa que tenía, y que estaba cerca de la chimenea, deposité dos platos de sopa humeante, que fuimos comiendo paulatinamente.

Aún no sabía el porqué de su visita, el porqué estaba allí. Era muy misterioso lo que me estaba sucediendo. Le quedaba una cucharada de sopa en el plato. Yo todavía lo tenía a medio comer, noté que me estaba mirando el contenido de líquido que quedaba en mi plato, iba a decirme algo, y esperé antes de llevarme la cuchara a la boca.

- Ángel ¿Me acompañas? - Dijo con una leve sonrisa.

Me puse derecho en el asiento con las manos cruzadas por la altura de mi estómago.

- ¿Donde quiere que la acompañe? - Le pregunté extrañado y respetuoso al mismo tiempo.

- He venido para llevarte a que conozcas mi Reino.

Ella me tuteaba, pero yo no podía hacerlo, no me atrevía, representaba mucho para mí, el respeto que sentía era inmenso, incluso miedo.

Yo miraba a Lucero, estaba tranquilo después de haberse comido un plato de sopa que le puse, lo estaba reposando con un dulce sueño.

- A Lucero no lo puedo dejar sólo - Le dije para que olvidara esa idea.

- No se va a quedar sólo, vendrá con nosotros.

- Lucero es viejo, no puede andar mucho trecho, y menos con este mal tiempo que está haciendo.

- No vamos a andar - Respondió ella, echando una mirada a los dos.

Me puse en pie, y eché unos pasos hacia atrás, creo, que con la intención de salir corriendo, pero algo hacía que no pudiese, era como si mis pies estuvieran pegados al suelo. Estoy seguro que no era el miedo que lo hacía, había una fuerza sobrenatural que impedía me escapara. Ella notó mi miedo. Se aproximó a mí, me extendió su delicada mano y me dijo con voz suave.

- Ángel, dame tu mano, quiero que conozcas mi casa, mi Reino y todos que lo habitamos.

Yo miraba su mano, que permanecía extendida.

- ¿A qué Reino se está refiriendo? - Le pregunté con voz trémula.

- Al de las Hadas. Anoche te dije que mi nombre es Ondina, es lo que soy. No tengas miedo de mí, hace ya tiempo que te estamos observando, siempre estás sólo con la compañía de tu amado Lucero. Hoy quiero que conozcas todo mi Reino, pues para eso he venido.

En esos instantes pasó por mi mente muchas cosas. Cuando era niño, si que oí decir a otros niños, la existencia de las Hadas, pero al hacerme mayor, ese criterio desapareció. Sabía que había libros que hablaban de ellas, y pensaba, que solo eran fábulas.

- Entonces ¿Usted verdaderamente es una Hada?

- Sí. Y te pido que me tutees, deja esa clase de cortesía para personas mayores o que no conoces.

- No la conozco a usted, o mejor dicho, no te conozco.

- Si me conoces, en algunos de tus sueños me has visto - Dijo afirmando.

- No recuerdo ninguno donde estuvieras.

- ¿Te hago recordar uno? - Dijo Ondina cogiendo mi mano.

- Sí, me gustaría saber en qué sueño entraste.

- Uno de ellos eras un niño. Yo estaba en un jardín regando las flores, te acercaste a mí, cortaste una rosa blanca y me la ofreciste.

Me quedé pensativo tratando de recordar ese sueño, y al instante, afirmé, al tiempo que sonreía.

- ¿La joven del sueño eras tú?

- Sí mi querido Ángel. También entré en tus sueños dos veces más, cuando eras mayor.

Yo tenía una confusión tremenda.

- La noche que entraste en mi sueño siendo yo un niño, tú eras igual de joven que ahora, y de eso hace veintitrés años ¿Cómo es que no has envejecido?

- No envejezco, siempre estoy igual.

- ¿Quieres decir que ahora puede que tengas más de doscientos años?

- Muchos más de doscientos, mi querido Ángel.

- ¿Muchos más? - Dije abriendo los ojos como platos.

- En las Hadas, la edad no existe - Respondió Ondina al tiempo que apretaba mi mano.

    Mi vista la llevé hasta su mano y la mía, su contacto delicado me había estremecido. Advertí en su mano larga y fina, que casi era transparente, de un dorado aterciopelado. Ella miraba mi expresión de cara sonriendo. Y de nuevo me habló para decirme.

- ¿Estás preparado para que nos marchemos?

- ...Pues... no lo sé - Dije titubeando - Creo que eres tú quien debes saberlo.

- ¡Adelante, mi querido Ángel, salgamos!



Le di una orden a Lucero para que se pusiera en pie y nos siguiera. Cuando estuvo a mi lado nos dirigimos a la salida de la casa. Al abrir la puerta me llevé una enorme sorpresa. Delante había esperando un caballo blanco alado, de una considerable belleza, y entonces fue cuando comprendí, la manera que Ondina llegó hasta mi casa. Yo estaba maravillado, tenía delante de mis sorprendidos ojos, un mágico ser, sólo podía ser que Ondina. El caballo se mantenía en el aire, con las alas abiertas para echarse a volar con nosotros tres encima. Ondina hizo una señal con la mano y el caballo blanco se colocó a nuestra altura para que subiésemos. No creo recordar que hiciera esfuerzo para subir y colocarme en el lomo del caballo. Lucero tampoco, cuando me di cuenta, se encontraba sentado detrás de mí. Ondina iba delante sentada en medio de las alas. El caballo se elevó cogiendo altura, y volábamos por encima de las nubes rosadas. El sol nos iba iluminando, y desde esa altura lo veía azul violeta, me dio la impresión de que íbamos allí, pero mi sorpresa fue enorme cuando de pronto vi que volábamos por encima de árboles gigantes, donde las flores crecían en sus copas, y la tierra no lo era, pues, el fondo afirmaba un dorado brillante cubierto de las más bellas flores, desprendiendo un agradable aroma.

El caballo alado se detuvo, posando sus pies en el dorado suelo, y cuando habíamos bajado de su lomo, volvió a coger altura y desapareció por encima de los árboles.

Ondina se encontraba frente a mí, y Lucero a mi lado, en un paraíso encantado. Me habían quedado muchas preguntas para hacerle, y antes que conociera otras cosas que me iba a mostrar le pregunté.

- Hermosa Ondina ¿Sois como los humanos?

- Podríamos serlo si lo quisiéramos, pero prefiero ser Hada que humano. Las Hadas podemos trasladarnos de un lugar a otro en un instante. También traspasar las paredes, nos podemos hacer invisibles siempre que queramos. Podemos ver y oír todo lo que sucede en la superficie de la tierra, sabemos quien es bueno, y quien no lo es. Los humanos, no podéis disfrutar de todas estas cosas que te estoy mencionando, y de muchas más que tenemos el privilegio de tener. Mi querido Ángel ¿Recuerdas en alguna ocasión de haber visto dentro de tu casa o fuera un punto dorado de luz?

- Sí por supuesto, en varias ocasiones ¿Y qué sucede? - Le pregunté ansioso de saber más.

- Siempre que esto ocurre, es una Hada que está observando a la persona que la ve. En ese momento hay que pedir un deseo. La Hada está ahí, para que ese deseo se cumpla.

Me quedé perplejo, sin saber qué decir. Había tenido a lo largo de mi vida, si no lo recuerdo mal, cuatro o cinco ocasiones para hacerlo.

- ¿Eras tú las veces que vi esos puntos luminosos?

-En dos ocasiones era yo, y en las otras tres, hermanas mías.

Al oír todo eso que me explico, me sentí ridículo y poca cosa. Yo un hombre que decía saberlo casi todo, me di cuenta que en realidad, no sabía nada, era el orgullo de sentirme humano que me hacía ser así. Y sin saber cómo, me puse a temblar, no podía dominar mi cuerpo, ante esa hermosa Hada, que para mi era una bella mujer.

Ondina cogió de nuevo mi mano diciéndome.

- No tengas miedo, estás aquí porque queremos hacerte un regalo, el que conozcas nuestro Reino. Eres un hombre bello, alto, apuesto, de ojos negros y cabellos negros ondulados. Las Hadas también nos enamoramos.

Me sentí halagado por todo lo bonito que dijo de mí ¿Estaría enamorada? ¿Se habría enamorado de mí? Yo no sabría amarla ni complacerla, ella era una Hada, un ser fantástico, sacado de las más bellas fábulas, y yo, un humano, frustrado como casi todos, y aburrido de la vida y de todo lo que me rodeaba. No podría ser, estaría refiriéndose a otra cosa que escapaba a mi entendimiento.

- ¿Este es tu Reino? - Le pregunté, observando todo aquél bello jardín.

- Parte, luego te mostraré todo lo que es - Respondió Ondina - ¿Oyes a mis hermanas?

Efectivamente, oía risas y cánticos de voces femeninas, y le pregunté.

- ¿Dónde están? No las veo.

- Están bañándose en el lago, necesito yo también hacerlo, un baño es lo que necesito.

- ¿Sois muchas?

- Sí, veintidós.

- ¿Y hermanos cuantos sois?

- No sé si los tengo, aquí sólo estamos las Hadas.

- ¿Porqué ríen y cantan? ¿Tan felices sois?

- Saben que hemos llegado, nos están viendo. Se están bañando en agua perfumadas para venir a recibirte.

- ¿Se están poniendo guapas para mí?

- Exacto.

Ondina se alejó atravesando los arbustos. Me quedé sólo con Lucero, era consciente de todo lo que me estaba sucediendo. Me tocaba la cara y decía - No es un sueño, todo esto es real.

Me llamó la atención un árbol alto y de tronco grueso. Lo miré de donde crecía hasta la copa, allí había un Hada muy hermosa, seguro que era hermana de Ondina- Ella me había visto, sonreía mirándome, también yo le sonreí, e intercambiamos un juego de miradas. Anduve unos pasos hasta quedarme cerca de ella. De pronto y sin esperarlo oí una vocecita que dijo.

- ¡Hola Ángel!

Me quedé otra vez sin voz, me ocurrió lo mismo que con Ondina, la voz no salía de mi garganta. Hacía esfuerzos por querer hablar, pero mis labios permanecían pegados ¿Sería yo el único hombre que estaría allí con tantas Hadas? Y por lo que ya había advertido y Ondina me dijo, ellas podían hacerse invisibles, y era posible que estuviese rodeado de muchas de ellas, y yo no verlas. Al mismo tiempo que pensaba, ella se trasladó colocándose frente de mí, me quedé atónito observando su belleza. Sus ojos verdes aceituna, su boca de fresa. Me llamó la atención un diamante con forma de pepita que colgaba de su frente. Sus cabellos negros estaban recogidos y repartidos entre la cabeza y la nuca formando un moño de trenzas. El tocado del cabello lo adornaban perlas. Me fijé en su atuendo. Un vestido rojo ceñía su cuerpo, y portaba sobre los hombros una capa blanca de seda. No quiero decir que fuera más hermosa que Ondina, las dos eran bellísimas, y todavía no conocía a las demás hermanas.

De nuevo oí su voz de campanita que me dijo.

- Ángel, todavía no me has saludado.

Hice un gran esfuerzo, y por fin dije.

- No es porque yo no quiera.

- ¿Qué te ocurre? - Preguntó ella.

- No puedo articular palabras cuando me encuentro delante de una mujer tan bella como tú.

Había olvidado a Lucero de que estaba allí, mi amigo del alma lo había olvidado. Y me di cuenta de que estaba, porque rozó su cuerpo con mi pierna, miré, y mi San Bernardo blanco tenía la cabeza levantada mirándome. Con mi mano se la acaricié, agradeciéndole el gesto que tuvo de avisarme, es posible que se diese cuenta, que me había olvidado de él.

- Quiero que me acompañes - Dijo ella.

No repliqué, puesto que estaba allí para conocer el Reino de las Hadas, y me limité a seguirla.

Estábamos pasando por entre muchos árboles que estaban repletos de aves de varios colores, trinaban parecidos a melodías, y pensé - ¿Será esta la música que tienen las Hadas? - Pues si era así, no podían envidiar la música que yo conocía.

A la derecha de donde paseábamos, había un lago donde paseaban cisnes en un agua cristalina. El fondo del lago se podía ver muchas flores de color fucsia que resplandecían por la superficie del agua.

Yo iba al lado de aquella hermosa mujer, que me conducía, no sé donde. Era la primera vez que me sentía feliz como jamás lo fui. Llegamos a un hermoso lugar. Frente a nosotros había una entrada sin puerta. Salía mucha luz de su interior, una luz blanca brillante, que si la miraba fijamente me hacía daño a los ojos. Al llegar a esa entrada, el Hada posó su mano izquierda sobre la cabeza de Lucero, y dirigiéndose a mí, me dijo extendiéndome su mano derecha.

- Coge mi mano.

Hice lo que me dijo, y mientras que traspasábamos la entrada luminosa, la sensación que sentí, era de bienestar, de sentirme cerca del cielo. Íbamos andando por un camino de luz, de la misma luz que había en la entrada. Y según íbamos avanzando, la luz se hacía más grande. No sé el tiempo que estuvimos andando. Llegamos a una gran explanada donde se alzaban columnas blancas de mármol. En medio había una

fuelle que emanaba agua cristalina. Me hubiese gustado tener muchos ojos para ver toda la belleza que había.

Alrededor de la fuente, se trasladaban volando seres diminutos, que, aunque fueran muy pequeños se perfilaban bien, los ojos, la nariz y la boca, de labios color amapola. Las alas, eran largas y finas. Los vestidos de un azul cielo, y de rosa malva. Volaban por entre las columnas, por encima de la fuente, y alrededor. Llevaban un cántico de voces celestiales, que mis oídos agradecían.

La hermana de Ondina me miró y me dijo.

- Ahora no te sorprendas por lo que vas a ver.

Aunque ella me había advertido, yo me preparé para lo que viniera. Frente a donde estábamos se divisaba un gran jardín, y cuando estábamos cerca, mi sorpresa fue ver a personas como yo, había hombres, mujeres y niños. Al verlos, me detuve. La hermana de Ondina que seguía con mi mano cogida, me dijo.

- No te sorprendas de descubrir personas como tu. Ellos pueden ver a las Hadas, al igual que tu, esa es la razón de que estéis aquí.

Aún sorprendido y sin dejar de mirarlos, pregunté.

- ¿Viven aquí?

- No, ellos tienen sus casas como la tienes tú. Hacen sus vidas, y trabajan cinco días a la semana. Ellos al igual que tú, podéis ver traspasando vuestras mentes, cosas que a las demás personas les son difíciles. A parte de poder vernos también nos podéis oír, captáis a veces nuestras conversaciones. Al principio no sabéis de donde proceden, hasta que nosotras os lo hacemos descubrir.

A menudo era eso lo que me ocurría, pensaba que las conversaciones que oía, eran fruto de mi soledad. En esos instantes estaba descubriendo que lo que oía era cierto, no me estaba volviendo loco. Y se lo comuniqué a la hermana de Ondina.

- Estaba a punto de haber ido al médico, para que mirara que había dentro de mis oídos.

´ íbamos avanzando, quedaba poco trecho hasta llegar donde se encontraban toda aquella gente.

Cuando ellos advirtieron mi llegada, el Hada madrina me llevaba cogido de la mano, vinieron a nuestro encuentro, sabían que yo era nuevo allí, me saludaron, y también a Lucero, les hacía gracia verlo conmigo.

Se acercaron dos Hadas más, eran bellas como el sol radiante. Portaban en la mano izquierda una cestita, y dentro, pétalos de flores, que iban echando sobre nosotros los humanos. Era agradable sentir el perfume de aquellas flores.

Luego llegaron quince bellas jóvenes, que también eran Hadas, y hermanas de Ondina. Ellas traían collares de flores, y nos las iban colocando, a cada una de las personas que estábamos. Seguidamente se acercaron dos Hadas más, que tocaban instrumentos musicales. Una el arpa y la otra, la flauta dulce. Era música deliciosa y agradable para el oído.

En una mesa larga vestida con mantel blanco, había copas de plata que contenían un líquido sabroso. En bandejas de plata había pasteles de diferentes clases. Comí uno. Estaba delicioso. Lucero también los probó, le gustaron mucho. Estaban hechos por las manos mágicas de los seres más extraordinarios como son las Hadas.

Habían llegado más Hadas. Ondina me había comentado que eran veintidós hermanas, pero estoy seguro que eran muchas más que vivían en el mismo Reino, aunque no fueran hermanas. Desde luego, todas eran bellísimas. Unas eran de cabellos negros, y otros dorados. Sin contar con las otras que eran diminutas, y que se desplazaban volando.

La música había cambiado de ritmo para bailar. Iban llegando más Hadas, y se iban incorporando al baile. Movían con gracia los brazos y las caderas. Estaban haciendo que

pasáramos los humanos un momento feliz. Las Hadas que bailaban nos sacaban a bailar a los presentes que estábamos allí. Yo no había bailado jamás en la vida, y no sabía cómo hacerlo, esto del baile no se me daba bien. Pero la hermosa joven con quien bailaba, me mostró cómo eran los pasos para llevar el ritmo, lo aprendí pronto.

En el momento que bailaba con ella, vino a mi mente - Si yo la llevara de mi brazo y la presentara como esposa a la gente que conozco, sería envidiado por todos los que me conocen.

Eran Hadas, y también mujeres, demasiado para un hombre. Por lo hermosas y bellas que eran, tendría que estar peleándome con los demás hombres.

Después de haber bailado con la joven Hada, fui a reunirme con las demás personas, necesitaba hablar con ellos, y conocernos.

Me aproximé a una pareja joven, y les pregunté.

- ¿Hace tiempo que os traen aquí?

- Sí.

- ¿Cuántas veces habéis venido?

- Venimos cuando una Hada viene a buscarnos. Las veces no las hemos contado, son muchas.

- ¿Muchas? - Le pregunté extrañado - Sois jóvenes, y por la edad que tenéis, no puede haber sido muchas.

- El Hada Ondina empezó a ir a buscarnos para venir aquí, cuando éramos niños - Dijo ella.

- ¿Qué edad teníais?

- Mi amigo ocho años, y yo siete.

- ¿Lo sabían vuestros padres?

- Se lo decíamos, pero no nos creían, decían, que todas esas clases de historias de Hadas, nos las inventamos los niños.

- ¡Ya! ¿Y cuando faltabais un día de vuestras casas que decían vuestros padres?



- Nos hacían preguntas, qué a donde habíamos estado, qué habían pasado mucho miedo por nosotros.
- ¿Todavía no lo creen? - Les pregunté.
- No, siguen diciendo que es nuestra mente que lo hace, y que tengamos cuidado.
- ¿Cuidado de qué? - Le pregunté extrañado.
- De que no sea una enfermedad, y más tarde, no tenga remedio. Siempre dicen que tenemos que ir a un buen médico.

Les hice una pregunta porque quise salir de dudas.

- ¿Sabéis en qué lugar de la tierra nos encontramos?
- No - Respondió la joven.

Quería saber donde estábamos. Me traslade a otro grupo de gente, y les hice la misma pregunta. Nadie sabía responderme. Todos íbamos o nos llevaban del mismo modo, pero era agradable, conocer un Edén que pensaba no existía.

El Hada madrina iba y venía sonriendo a los presentes que nos encontrábamos allí, haciendo todo lo posible, para que nuestra estancia fuera agradable. Feliz desde luego era, jamás lo había sido tanto, y me daba igual que todo eso que estaba viviendo fuera un sueño.

El Hada madrina se aproximó a mí, y como siempre sonriente. Tenía que salir de dudas nadie mejor que ella podría decirme si es que podía, en qué lugar nos encontrábamos.

- ¿Eres feliz mi querido Ángel? - Me preguntó.
- Mucho - Le respondí - Tengo una duda.
- ¿Cuál? - Preguntó interesándose.
- ¿En qué lugar de la tierra estamos?
- ¡Ah! Era eso. No estamos en la superficie de la tierra, sino en el centro. Todo lo que has visto, y lo que verás, es el centro de la tierra.
- ¿Hay todavía más para descubrir?
- Para ti sí, Ángel.
- Pues me gustaría conocerlo.

- Lo conocerás.
- ¿Este es otro mundo?
- Exacto, mi querido Ángel. Estamos climatizadas a él, las Hadas no podríamos sobrevivir en la superficie de la tierra por mucho tiempo.
- ¿Cuál es el clima de las Hadas?
- Es difícil de explicártelo y que lo entiendas. El clima de aquí, nació con nosotras. Tampoco los humanos podríais vivir en este por mucho tiempo. Cada ser ha nacido con el fluido que le pertenece para que pueda vivir. Las Hadas nos desintegraríamos si estuviésemos mucho tiempo en la superficie de la tierra. Como tampoco los humanos podríais estar aquí por mucho tiempo. Te voy a poner un ejemplo. Si se retira a un pez del agua, tiene poco tiempo para seguir viviendo.
- ¿Tratas de decirme que existen varios paraísos?
- Muchos paraísos, mí querido Ángel. Tantos, como estrellas hay en el cielo. Cada una es un Paraíso.

Todo esto era demasiado para mi pequeña mente, yo podía abarcar cosas pequeñas, cotidianas, pero no tanta grandeza. Eso se quedaba para mentes privilegiadas, como las de las Hadas, y también de otros seres que yo desconocía. Quería saber más y más, pero no sabía si en el poco tiempo que me dejarían estar allí, conocería todo lo que yo hubiese querido. Y le pregunté.

- Cuando me llevéis a la superficie de la tierra ¿Puedo contar todo lo que he visto, a los demás humanos?
- Por supuesto, es por eso que sólo a unos pocos humanos, hacemos de que vengan. De esa manera se van creando más mundos y paraísos.
- ¿Quieres decirme que cada vez que se diga como sois, se está creando otras especies?
- Lo has comprendido mi querido Ángel.

En esos instantes pensaba - Cuando volviera a la superficie de la tierra, conocería a mucha gente. Me iría de la casa donde vivía en soledad, para vivir en la ciudad. Volvería a mi antiguo trabajo, el de carpintero.

Iba a casas a reparar puertas, muebles, y ventanas. Esa sería la manera de estar en contacto con las demás personas. La casa antigua de mis padres, la dejaría para irme de vez en cuando en retiro, el silencio me gustaba, y el contacto con la naturaleza también.

Volví a preguntarle.

- Las aguas que he visto en los lagos, y en las que las Hadas os bañáis ¿Son distintas a las nuestras?

- Por supuesto, están climatizadas a nuestro organismo. No podríamos bañarnos en las vuestras por mucho tiempo. Voy a contarte una anécdota.

Habíamos salido a la superficie cuatro hermanas, y deseábamos bañarnos en un río. Era profundo, donde el agua fluía clara y cristalina. No pusimos el impedimento que nos vieran... No lejos de allí había un leñador cortando ramas de un árbol medio secas. Las cuatro hermanas éramos felices, bañándonos, y jugando con el agua. Nuestras risas se podían oír algo lejos, llamando la atención del pobre leñador. Este, se iba acercando al río, con los ojos brillantes de amor. Nos habíamos despojado de nuestras vestiduras. Y las habíamos dejado encima de unos matorrales. Este pobre leñador venía a paso ligero frotándose las manos, y para que todo le saliera como lo había pensado, no se le ocurrió otra cosa que coger nuestros vestidos, y con los atuendos en las manos, nos decía - ¡Venir a mí preciosas mías! ¿Queréis vuestros vestidos? Pues, salir del agua y os lo daré. Una de mis hermanas dijo. ¿Le damos un escarmiento? Al instante nos hicimos invisibles, y con la rapidez del rayo, salimos del río, nos acercamos al pobre leñador, y cada una le arrebató su vestido. Este pobre hombre se quedó

paralizado, viendo como los vestidos desaparecían de sus rudas manos. Miraba por los alrededores buscando el porqué de todo eso. Se fue alejando del río, sin dejar de volver la vista atrás. Volvió al árbol, y siguió cortando leña, pero con recelo seguía mirando por los alrededores. Este hombre cuando contara este hecho, seguro que no lo creerían.

Tenía mucha gracia el Hada madrina, era divertida, con el carácter de una niña pequeña. Su risa también se le parecía. Qué lástima que no fuera humana. Sabía que no podía, pero me estaba enamorando de ella, y en esos instantes luché contra mis sentimientos, no podía darles rienda suelta. Era hermosa como una flor recién abierta.

Se acercaron tres Hadas, bellas como la mañana. Reían y jugaban, eran como niñas. Quizá es por eso que son Hadas.

El Hada madrina les preguntó.

- ¿Qué queréis?

- Nos lo vamos a llevar para que conozca otro lugar, le queda poco tiempo de estar aquí - Respondió una.

El Hada madrina les concedió el permiso.

Dos de las Hadas, me cogieron por la mano, la otra, iba delante como si mostrara el camino.

Salimos por una galería ancha y larga, al pasarla, llegamos a un túnel iluminado. Al pasarlo, nos encontramos con un lago. El Hada que iba a mi derecha, me dijo.

- Vamos a entrar dentro del lago.

- Apenas sé nadar - Le comuniqué.

- No importa - Respondió - Estamos contigo.

Íbamos andando, al entrar en el lago, y hasta que los pies no tocaron suelo. De pronto me encontré en el fondo del lago. La primera de las Hadas iba haciendo camino, y las otras dos, me llevaban. Cerré los ojos por la sensación que sentía, no era miedo.

Una de las Hadas me dijo.

- Abre los ojos, y mira lo que hay frente a ti.

Al decirme eso, me acordé de Lucero, recuerdo que venía a mi lado antes de entrar en el lago, y después lo olvidé. Rápidamente me tranquilicé al sentirlo que rozaba mi pierna. Lo miré, y la velocidad que llevaba, era igual que la nuestra. Era como si una corriente nos arrastrara, sin que pudiésemos hacer nada para evitarlo.

Hice lo que el Hada me dijo, mirar en la dirección que me había indicado. La luz que había me cegaba, y no podía ver con exactitud qué era. Y según íbamos bajando mirando más al fondo, me maravillé de ver tanta belleza, tanto encanto. Era un castillo blanco, iluminado con reflejos rojos. El Hada me dijo.

- Vamos allí.

En mi mente no podía caber, que un castillo estuviera en el fondo del lago, y pensé - Debe estar por dentro cubierto de agua. Cuando íbamos acercándonos, comprobé, que el agua no llegaba.

Entramos por una puerta grande, yo diría que era de oro, pero no me atrevo a confirmarlo. Al traspasar el umbral, la puerta se cerró. Las Hadas conocían bien el Castillo por dentro.

Mis ojos no paraban de observar en todas direcciones, lo que sucedía. El ir i venir de pequeños seres que se desplazaban volando de norte a sur, y de este a oeste. Los había de diferentes formas, pero todos, de una gran belleza.

También había hombres, guapos, guapísimos, que pertenecían a la raza de las Hadas, eran Hados. Subimos por unas escaleras anchas, de mármol color rosa. El Hada que conducía se paró delante de una puerta dorada, y con la mano la abrió. Hizo una señal para que entráramos. Se trataba de una alcoba lujosamente decorada y con buen gusto. Sobre un sofá de un bonito estilo, se hallaba una pareja, masculino y femenino. Los dos sobresalían de ternura, belleza y amor. El varón era de una musculatura bien proporcionada, alto y esbelto. De cabellos

negros, largos, y ondulados. Sus ojos brillaban como el azabache. Ella, de una hermosura que un pintor le sería difícil pintar, una mujer tan perfecta.

Sus cabellos largos de un dorado luminoso, de ojos verdes como el mar. Boca grande, labios carnosos y rojos como la amapola. Jamás podría olvidar tanta belleza, tanta gracia en la pareja que se amaban, con los cuerpos desnudos.

El Hada que me iba informando de todo, me dijo sin perder la sonrisa.

- Ellos son nuestros padres. Las Hadas que has conocido, de las más grandes a las más pequeñas, hemos nacido de ellos. Su trabajo es procrear, para que los Reinos de las Hadas sean cada vez más grandes.

Yo iba de sorpresa en sorpresa ¿Qué edad deberían tener? Como no lo sabía lo pregunté a la Hada que me iba informando.

- ¿Ellos no envejecen?

- No, todos estamos siempre igual. Nuestras células se están siempre regenerando. Cuando mueren unas, nacen otras.

- Nosotros los humanos envejecemos, porque nuestras células mueren.

- Así es, mi querido Ángel. Llegará un día, que no morirán vuestras células, y tendréis una vida larga siendo jóvenes.

El Hada guía, quiso que conociera todo el Castillo. Desde las torres altas, se veía el final de todos esos Reinos. Desde las torres vigilaban todo.

No sé el tiempo que estuvimos en el castillo. No me importaba haberme quedado a vivir para siempre, pero sabía que eso no podía ser, porque no tenía los fluidos de las Hadas, era humano, un mortal.

Hicimos el regreso, al llegar al reino de las Hadas, las personas que había, ya no estaban, pregunté por ellos al Hada que me informaba y me respondió.

- Los han acompañado a la superficie de la tierra. Todos tienen vidas activas, y se tienen que incorporar a sus trabajos.
- ¿Puedo quedarme algún tiempo aquí? - Le pregunté, pues, mis deseos eran los de quedarme con ellas.
- Algo más, mi querido Ángel, pero no mucho.
- ¿Por qué?
- Por la razón de ser humano, no eres lo suficientemente fuerte para combatir contra el enemigo.
- ¿Con el enemigo dices? ¿Contra qué?
- Contra todo lo que a nosotras las Hadas se refiere.
- ¿Qué buscan?
- Buscan nuestra sensibilidad, nuestra belleza, nuestra magia, nuestro encanto, y nuestra sabiduría. Ellos, nada de esto poseen.

Después de oír esto me quedé pensando, y le respondí.

- Es igual que lo que ocurre en la tierra. Tenemos que luchar contra el mal, porque de lo contrario nos destruirían.
- Es cierto mi querido Ángel, pero nuestras luchas son más fuertes que las vuestras.
- Contra los que lucháis ¿Son también bellos?
- No, ellos son feos, sus rostros son horribles, al igual que sus cuerpos. Las hembras nos tienen envidia, porque somos hermosas, y ellas no lo son.
- ¿Ellas tienen poder al igual que vosotras las Hadas?
- Sí, también lo tienen, pero ese poder lo utilizan, para hacer el mal. La misión de ellos es, hacer daño, el máximo, por donde pasan.

Estaba perplejo, y le dije.

- ¡No lo entiendo! Vosotras tenéis el bien de vuestra parte ¿Cómo es que pueden combatiros?
- No he dicho que puedan con nosotras. Lo que ocurre, es que nos cogen desprevenidas, y no nos dejan tiempo a que nos defendamos. Y siempre que ocurre, se llevan a una de mis

hermanas. Hace tiempo éramos muchas, y ahora sólo quedamos veintidós.

- ¿Para qué se las llevan? ¿Qué hacen con ellas?

- Con la belleza de una de nosotras, pueden transformar a varias hembras de ellos.

- ¿De qué manera?

- Tienen métodos eficaces. Desintegran el Hada que se llevan de aquí, no antes de haberle extraído toda la sustancia, integrándosela a las hembras de ellos. Desean que sean bellas como nosotras.

- ¿Consiguen que sean bellas sus hembras?

- No, mi querido Ángel. Cuando cogen la sustancia de una de mis hermanas, no se parecen en nada. Incluso son feas, yo diría, más feas que antes. Los ojos se les agrandan, pero la mirada es perversa. La boca se les transforma en curvas horribles. De por sí, son feas porque sus acciones no son buenas. Tienen mucha maldad, y pasan el tiempo pensando, qué fechoría pueden hacer. Ellos, necesitan tener esclavos, y de hecho, los animales que tienen lo son. Los someten a toda clase de trabajos, los maltratan, y les pegan.

Estaba indignado de oír todo eso ¡Eran demonios!

- ¿Cómo es que sabes todo esto? - Le pregunté al Hada que me informaba.

- He viajado al Reino de ellos varias veces, tratando de encontrar a mis hermanas.

El Hada posó su mano derecha en mi hombro, y después de sonreírme me dijo.

- Ángel, eres bueno. Tu intención es de ayudarnos, luchando con nosotras, no tienes que olvidar que eres humano, y tus fuerzas son limitadas. Estos seres de los que te hablo, sólo con mirarte, se apoderan de tu alma.



Miraba al Hada madrina, y pensé - No tendría que estar permitido que el mal viniese a robarles hermosas Hadas. Eran bondadosas, y siempre estaban alegres, y cantando.

Pensé unos instantes en la pregunta que le iba a hacer, y me decidí.

- ¿Pensáis aquí en Dios?

El Hada me echó una sonrisa.

- Pues, claro. El creador tiene igualmente muchas luchas con ese pobre reino. Las batallas son continuas. Pero como ellos no luchan limpios, así estaremos, hasta que el bien venza al mal. Después ya seremos libres, y los humanos también.

- Siento mucho que tenga que ser de esta manera, y también por todo lo que las Hadas tenéis que pasar ¡Y yo que pensaba al llegar aquí, y veros lo felices que sois, que todo era felicidad para vosotras!

- Somos felices, no lo olvides, pero también es verdad, que esa felicidad la tenemos que ganar, luchando contra el adversario. Cada batalla que tenemos, subimos un grado más, ahora, nuestra escala está más alta que la de ellos.

Advertí que el Pegaso, el caballo blanco alado se había posado en el suelo de aquél inmenso jardín. Comprendí que el momento había llegado para que regresara con mi amigo lucero, a la superficie de la tierra.

Intercambiamos sonrisa entre el Hada madrina y yo. Le confirmé mi deseo.

- No quiero que me olvidéis, y cuando lo veáis necesario vengáis a buscarme.

- Desde luego, mi querido Ángel. También entraremos en tus sueños, y podrás vernos, nos podrás seguir, y ver cómo estamos. Esa es una de las maneras de que estés con nosotras.

El Hada madrina se acercó más a mí, y en señal de despedida puso su mejilla junto a la mía. Noté, un contacto agradable, que lo recordaré toda mi vida.

Lucero se encontraba a mi lado, esperando el traslado.

El Hada que nos había llevado hasta allí, estaba esperando subida en el caballo alado. Con mucha nostalgia me despedí de las Hadas que miraban mi regreso a la superficie de la tierra. Subimos Lucero y yo al Pegaso. Y con la rapidez del relámpago, se elevó, y echo a volar.

Habíamos llegado a la puerta de mi casa. El Hada sin descender del caballo, me echó una sonrisa y me dijo.

- Mi querido amigo Ángel, que Dios te bendiga.

Noté que por mis mejillas resbalaban lágrimas. Agité la mano para decirle adiós, a esa hermosa joven, el Hada que conducía a los humanos, a su paraíso o su Reino, para que después, lo escribiéramos, y lo divulgáramos. No puede quedarse oculto, sin que se sepa, que las Hadas existen, y el Reino de ellas también.

Entré con Lucero en mi casa, todo seguía igual que lo había dejado. Volví a salir, se me había olvidado decirle algo al Hada, pero ya no estaba. Oí su dulce voz que me decía.

- Sé lo que querías decirme. No te preocupes, también yo estaré pensando en ti.

Ciertamente era eso que, quería decirle.

Han pasado seis meses de esta aventura, y cada día que pasa espero la llegada de una de esas Hadas, para que me lleven otra vez a su Reino.

Mi residencia la trasladé a la ciudad, y trabajo en lo que sé. Por las mañanas en la carpintería, y por las tardes, voy a casas, Hoteles y Restaurantes, para hacer los arreglos que me piden. El contacto con el exterior es continuo, pero los fines de semana, y los días de fiesta, lucero y yo nos vamos a la casa que tengo en el monte. Esperando, siempre esperando que Ondina venga para llevarnos al Reino de las Hadas.

CLARA EISMAN

CUANDO JESÚS VIENE A TI - 21-1-1987

1

Era un día de mucho calor, el mes de septiembre. Salí de mi casa, y me dirigí al pequeño huerto que habíamos cultivado entre mi marido y yo. Mi hijo también nos ayudó en lo que pudo, tenía doce años, e iba al colegio.

Cuando yo iba al huerto, y hacia sol como ese día, me preparaba la cabeza cubriéndola con un pañuelo, el calor hacía, que me doliera.

Era alrededor de la una del mediodía, y me disponía a coger lo suficiente para hacer una ensalada. Mi marido llegaría pronto, y quería ver, la comida en la mesa. Mi hijo, no tardaría tampoco en llegar.

Al levantar la cabeza y ponerme derecha después de haber estado arrancando una lechuga y dos tomates. Me llamó la atención, un joven, que me miraba, y que se encontraba al otro lado del huerto. Iba a su lado un perro callejero. Era la primera vez que veía a este joven, me chocó, su manera de vestir. Pantalón blanco y ancho, de tela fina, casi transparente, un blusón también ancho, de la misma calidad. Calzaba sandalias marrones de correillas. Hacia catorce años que vivíamos en esta casa, desde el primer día que me casé, y jamás lo había visto

antes. Aunque estaba a una distancia de mi, apercibí su mirada como a diez centímetros de la mía. Sus ojos negros, entraron en los míos. Sus manos de una tez morena, sentía cómo acariciaban las mías. Sus cabellos negros, largos y ondulados, acariciaba mi rostro. Sentí cómo me atraía hacia él, siguiendo a una larga distancia. Sentía su respiración cerca de mi pecho. Su semblante era agradable, y su sonrisa encantadora. Su mirada, enamorada. Aparentaba entre veinticinco, y veintisiete años.

Como no cesaba de mirarme, pensé, que quería preguntarme algo, y fui yo quien me aproximé a él. Según me iba acercando, sonrió. Y cuando estuve cerca, le pregunté con mi mirada puesta en la suya.

- ¿Quieres algo?

Esperó unos instantes, y sin dejar de mirarme preguntó.

- ¿Cómo te llamas?

Su voz era aterciopelada, entró en mí, dejándome paz.

- Emiliana - Le respondí.

- Tienes un nombre bonito, tan bello como tú.

Creí que se estaba burlando de mí. Yo no tenía un rostro bello, soy una mujer corriente, y no solía usar ninguna clase de maquillaje, me arreglaba lo justo. Sólo salía de casa para ir al pueblo a hacer las compras. Trabajaba todo el día, en la casa y en el huerto. Y había pasado de los cuarenta años.

- ¿Necesitas algo? - Le volví a preguntar.

Entonces me respondió.

- ¿Puedes darme algo para comer?

No tenía aspecto de pasar hambre.

- Sí claro, voy a traerte lo que encuentre - Le respondí dando la vuelta para entrar en mi casa.

Cogí lo que tenía a mano, un trozo de pan, queso y una manzana. Lo deposité todo en un plato, y se lo llevé. El joven cogió el plato, manteniendo una sonrisa de agradecimiento.

Me quedé delante, quería ver cómo lo comía. Repartió el contenido del plato con su perro, incluso, el animal comió la mayor parte. Pensé, que tendría más hambre, pues lo que le había dado no era suficiente para él, y su perro.

- ¿Quieres que te traiga más? - Le pregunté.

- No gracias, ya he comido - Respondió

De pronto me acordé, de la comida que había dejado en el fuego, y haciéndole un gesto con la mano de que ya volvía, me dirigí a mi casa, aparté del fuego el estofado de carne que se estaba haciendo. Sólo pasaron diez minutos de volver de nuevo al huerto. El joven ya no estaba. Mi desilusión era grande, miraba por los alrededores para encontrarlo, pero todo fue en vano, se había ido. En el suelo había dejado el plato vacío, aunque contenían algunas migas de pan. Lo recogí, y con el plato en la mano, me aproximé a dos casas que lindaban con la mía. Dos vecinas que estaban mirando, al llegar a ellas les pregunté.

- ¿Habéis visto a un joven con un perro?

Ellas se miraron, y seguidamente respondió una.

- No hemos visto a ningún joven ¿Por qué lo preguntas?

- Perdonar por la pregunta, es que me había parecido haber visto un joven con un perro - Dije para disimular.

Regresé a mi casa, ellas continuaron con la conversación que tenían. Me dispuse a preparar la mesa, sin dejar de pensar en el joven. Era raro lo que me estaba sucediendo. Llegué a dudar que, había podido ser un lapsus que había tenido, y ahora no estaba segura de que ese joven existiera. Pero había algo que me hacía ver la verdad, y esa verdad estaba en el plato que aún no había lavado, y que contenía las migajas de pan. Recordaba su rostro, su cuerpo, yo no me lo había imaginado, había sido verdad que había hablado con él.

La puerta se abrió, era mi hijo que venía a comer. Después se iría al colegio. Llegó como siempre corriendo, y

dándome un beso. Entró en el lavabo, y se estuvo lavando las manos. Volvió a la mesa y se sentó para comer. Mientras que estaba comiendo, sólo hacía que mirarme. Nunca lo hacía con tanta intensidad como ese día, y al fin me comentó.

- Mamá, te encuentro algo extraña ¿Te ocurre algo?

- No me pasa nada hijo, estoy bien ¿Por qué lo preguntas?

- Me da la impresión que estás triste.

- No Daniel estoy bien.

Dejó el tenedor dentro del plato, hizo una pausa, y poco después me dijo.

- Mamá, ya sabes que puedes confiar en mí, si te ocurre algo me lo dices.

Le cogí la cabeza con mis manos, al tiempo que besaba su mejilla.

- Sé que puedo confiar en ti - Dije depositando un beso en la otra mejilla - Eres mi mejor tesoro, quiero que estés tranquilo, no va a pasar nada.

Acabó de comer y se dispuso a leer un tebeo, siempre lo hacía antes de volver al colegio.

Mi marido no tardó en llegar, venía dispuesto a comer rápido cómo de costumbre. Depositó dos platos con el guisado que había hecho, y juntos comimos.

Mi hijo dejó a un lado el tebeo, nos dio un beso a su padre y a mí, y se marchó al colegio.

Mi marido no tardo en marcharse también.

Me quedé sola, pensando en el joven. Estaba fregando los platos. Miré por la ventana de la cocina, que daba al huerto. Se podía ver, el lugar donde lo vi. Sólo hacía que mirar, y pensar en él. Dejó algo dentro de mí, que yo en aquellos momentos, no comprendí que era.

A la mañana siguiente, mi marido me comentó que me había pasado toda la noche soñando y hablando, pero que no llegó a entender bien qué decía. Y me preguntó.

- ¿A quién llamabas esta noche mientras dormías?

- No me acuerdo de nada - Le respondí.

Pasaron cinco días sin que sucediera nada, y al sexto, mi sorpresa fue enorme al ver al joven y a su perro, delante de mi casa.

Mi alegría fue inmensa. Me creía que sólo tenía veinte años, estaba más entusiasmada con la visita de este joven, que cuando conocí a mi marido, no tenía ni punto de comparación. Me había enamorado de un joven donde yo le doblaba la edad. Sólo de pensarlo me sentía ridícula. Tenía marido y un hijo ¿Qué me está sucediendo? Pensé. Lo mío no es normal, no me sentía normal ¿Habría sido yo hechizada por ese joven misterioso?

Lo había visto sólo una vez, y ahora lo tenía otra vez frente a mi puerta. Quité el nudo que sujetaba el delantal a mi cintura. El vestido lo coloqué bien, y también alisé los cabellos con mis manos. Salí de mi casa aprisa, el corazón me latía a cien y al llegar a él, le dije.

- ¡Hola!

- ¡Buenas tardes Emiliana! - Me respondió con una sonrisa.

Sus pupilas le brillaban, salían luz de ellas, esa luz, la estaba recibiendo yo. Le pregunté.

- ¿Has comido?

- Sí, no te preocupes.

Miré a su perro.

- ¿Él ha comido? - Le pregunté, pues, necesitaba volver a darle más comida, para que esta vez estuviera conmigo más tiempo.

- Come cuando yo - Respondió sonriendo, había captado mi pensamiento, y estaba segura de ello.

Iba vestido de la misma manera que el primer día. Jamás había visto a nadie vestir de ese modo, que aunque parecía raro, me gustaba.

- ¿No eres de aquí verdad? - Le pregunté.

- Soy de todos los sitios, y de todos los lugares.

No sabía su nombre.

- ¿Cómo te llamas? - Le pregunté.

- Lo sabes - Me respondió.

No contesté, y después de hacer una pausa le respondí.

- No sé tu nombre ¿Porqué te fuiste el otro día sin decir nada?

- Me estaban esperando en otro lugar - Contestó - Dónde me necesitan allí voy. Y quién me está buscando me encuentra.

- ¿Dónde te estaban esperando?

- Lejos de aquí.

- ¿Muy lejos?

- Al otro lado de la tierra - Contestó.

Le pregunté con ironía.

- ¿Vas volando? ¿Tienes alas?

- Las tengo, y las utilizo cuando las necesito - Me sonrió al darme esta explicación.

Me di cuenta que estaba hablando en serio, y pensé que no serían alas lo que utilizaba, y le seguí preguntando.

- Si hubiesen sido alas, hoy todavía no estarías aquí, no habrías llegado, estando al otro lado de la tierra.

- Soy rápido como el rayo, y feroz como el trueno.

Una vecina salió de su casa, y se dio cuenta de que estaba hablando con un joven. Notó, que la conversación era amistosa. Ella no dejaba de mirarnos, hubiese dado lo que le pidieran, por saber, de qué estábamos hablando.

Me dirigí al joven y le dije.

- ¿Ves esa vecina, tiene envidia de ver que hablo contigo?

- Sí, todos tienen envidia, pero ninguno me sabe buscar.

No supe en ese momento qué quiso decirme. No comprendía sus palabras, ni su mirada, ni su sonrisa, y aún menos, porque estaba allí. Aunque no entendía muy bien sus palabras, me gustaba oírlo hablar. Me transmitía, todo lo bello que tenía, me sentía feliz, alegre y con mucha paz.



Era un hombre bello.

- Emiliana, tengo que marcharme - Dijo.

-¿Cuándo volverás? - Le pregunté con algo de nostalgia.

- Eso depende de ti.

Nos mirábamos a los ojos. Por los míos brotaron dos lágrimas.

- ¿Por qué depende de mí? Quisiera saber más sobre tu persona - Le pregunte, con las lágrimas resbalando por mis mejillas.

Aproximó su mano a mi mejilla, y con su índice, quitó una lágrima mía, me la mostró, y me dijo.

- ¿Ves esta lágrima? Es una auténtica perla.

Miré la yema de su índice y con asombro comprobé, que tenía una perla del tamaño de una lágrima.

- ¿Has hecho un truco de magia? - Le pregunté.

- Emiliana, magia hay, pero truco no. Las lágrimas que derrames por mi, son perlas auténticas, mágicas.

Quise probar yo quitándome la otras lagrima que, quedaba en mi otra mejilla, e hice lo mismo, la cogí con la yema de mi índice, y cuando noté que la tenía, miré, también era una perla. Se la mostré al joven, y le dije.

- ¿Qué hago con las dos perlas? ¿Las guardo?

- Por supuesto - Respondió - Mételas en un cofre, y siempre que quieras recordar un momento conmigo, las pones en la palma de tu mano, y mientras la miras, irás viendo y recordando uno de los momentos que hemos pasado.

Era fantástico, no hubiese podido imaginar, que mis lágrimas se hubieran convertido en perlas.

Quería saber más sobre las lágrimas que se derraman en el mundo, y le pregunté.

- Otra persona que lllore por otro motivo ¿Pueden sus lágrimas convertirse en perlas?

Se rió mientras me observaba con ternura.

- No, pero si que es una liberación para el alma, llorar, es bueno.

Hizo un gesto como para marcharse, hacía rato, me lo había anunciado. Seguro que lo estaban esperando en otro lugar ¡Cómo me hubiese gustado acompañarlo, y descubrir, sus más profundos tesoros! Lo miraba cómo se iba alejando por el llano campo. Su perro fiel lo seguía a todas partes. Sentí nostalgia de ver cómo se alejaba cada vez más, hasta que lo perdí de vista.

Los chismorreos no tardarían en llegar. Una de las vecinas, la más cotilla, nos había visto, y nos estuvo vigilando. Hubiese ella dado la paga del mes de su marido, por saber de qué estuvimos hablando.

Estaba segura que iba a repercutir en mi vida. Aún no podía saber de qué manera. No lo sentía por mí, sino por mi marido que no sabía nada sobre la visita de este joven, no se le quise decir, me hubiera prohibido volver a verlo. Y a eso no estaba dispuesta. Era consciente que amaba a ese joven. Pero el amor que sentía hacia él, no era carnal, es ridículo sólo de pensarlo. Yo quería a mi marido a pesar de lo bruto que era. El trabajo era importante para él. No le gustaba el juego, y lo más importante de todo, era que me quería.

El amor que sentía por el joven, era puro, sano y auténtico. Lo que se entiende por amor.

Estaba metida en un buen lío, y no sabía cómo iba a salir.

Hacía días que el joven no venía, contaba, hora por hora, y minuto por minuto. Necesitaba volver a verlo. Quería hablarle de la situación en que me encontraba, y lo peligroso que podía ser para mí, seguir viéndolo.

Salí de la casa, y me dirigí al otro lado del huerto. Necesitaba llamarlo, pero no sabía su nombre. Me quedé en el lugar donde nos encontramos por la primera vez, y lo llamé del modo que sabía.

- ¡Joven! ¿Dónde estás? ¡Necesito hablar contigo!

Lo repetí varias veces, pero no resultó.

-¿Por qué no vienes? ¡Sé que me estás escuchando!

La tristeza se apoderó de mí. Mi marido no advertía nada. Era mi hijo quien lo notaba, siempre estaba pendiente de mí, tenía miedo a que me sucediera algo. Me hacía muchas preguntas ¿Pero qué le podía yo decir? no comprendía lo que me estaba ocurriendo.

¡Una tarde qué sorpresa más grande me esperaba! El joven estaba en el mismo lugar que lo vi por la primera vez, iba acompañado de su perro. Se me escapó un grito de

alegría, y corrí hacia él. No me pude contener, y le dije con lágrimas en los ojos.

- El otro día te estuve llamando ¿Por qué no viniste? Necesitaba estar contigo y hablarte.

Me di cuenta al instante que le había hablado dándole una orden. Me contuve mirándolo a los ojos. Pero al instante comprobé que estaba sonriendo, le había gustado el modo en que le había hablado. Me preguntó.

- Emiliana ¿Me amas?

Le respondí dos veces con lágrimas.

- ¡Sí, sí!

Me cogió la mano y me dijo.

- Pues dime ahora ¿Quién soy?

No dejaba de mirarlo a los ojos, y sin titubeos le respondí.

- Jesús.

- ¿Te das cuenta como sabías mi nombre? Dime ahora ¿Para qué me has llamado?

- Voy a tener problemas - Le respondí - Mi marido pronto sospechará algo, pues, no soy con él, la misma de antes. Y también las vecinas se encargaran en comunicarle, que nos estamos viendo.

- Acabas de decirme que me amas ¿Qué pueden importarte los problemas? Cuando lleguen, sabrás asumirlos, y cuando hayas ganado la batalla, la victoria será tuya. Cuando yo esté viviendo dentro de ti, a nada le tendrás miedo, porque estaré siempre a tu lado, y cuando me llames vendré. Te daré la solución a tus problemas, que al principio serán muchos, pero más tarde, las aguas sabrán coger su camino, y encontrarán las del mar.

Yo seguía con su mano cogida ¡Me transmitía mucho amor, que no sabía cómo expresarlo!

De las casas que había enfrente, salió una vecina, y se quedó mirándonos.

- Ahora va a ser grande la que me va a caer. Esa mujer irá comentando, hasta que llegué a oídos de mi marido - Le dije a Jesús.

- Nada te tiene que preocupar, lo que tenga que venir vendrá

- Dijo Jesús - Ahora tengo que marcharme. Me están llamando en otro lugar.

Me dio un saludo de paz, y seguidamente se alejó.

Me quedé como la joven que ve a su amor marcharse.

La voz de mi hijo me hizo salir de donde estaba. Me llamaba por la ventana de la cocina. Atravesé el huerto y entré en mi casa.

Me preguntó.

- ¿Qué hacías al otro lado del huerto?

- Nada hijo, fui a dar un paseo.

Mi hijo rodeó mi cintura con sus brazos y me dijo.

- Nunca has ido al otro lado del huerto, es papá quién se ocupa de trabajar la tierra, es el camino que conduce al campo.

Para que se tranquilizara le dije.

- ¡Bueno, ya está bien! ¿No estoy a tu lado?

- Sí mamá, pero estoy seguro de que ocurre algo ¿no me lo quieres decir?

- No me ocurre nada Daniel - Le respondí - Y deja de hacerme tantas preguntas.

El pueblo no quedaba lejos de donde vivíamos. El colegio de mi hijo estaba cerca, y el trabajo de mi marido también.

Un día a la hora de la comida, regresó mi marido a casa totalmente cambiado. Esto yo lo esperaba que sucediera un día u otro. Cuando vi su aspecto me asusté, y me puse en lo peor. Vino hacia mí con el semblante blanco. Me agarró de

un brazo bruscamente, e hizo que entrara en el dormitorio. Vi que estaba dispuesto a lo que fuera, y pensé, que me iba a pegar. Con el pensamiento llamé a Jesús, lo hice con todas mis fuerzas.

Mi marido empezó dándome un grito, y me preguntó con la mirada fuera de sí.

- ¿Quién es ese joven con el que te ves? ¡Todos en el trabajo se han reído de mí! ¡A uno le he tenido que partir la cara!

Como lo vi tan excitado le dije.

- Miguel, cálmate, te lo voy a contar todo. No es un hombre. Me miraba con ojos fuera de sí, con deseos de pegarme. Y con ironía me dijo.

- ¡Pues, si no es un hombre! ¿Dime que es?

Sabía que mi hijo estaba escuchando detrás de la puerta. Oía su respiración agitada. Tenía miedo de que su padre me hiciese algo.

Mi marido volvió a repetirme.

- ¡Venga habla!

Empecé a titubear, no sabía de qué manera iba a empezar, y decidida le confirmé.

- No se trata de un hombre, es Jesús.

Al oírme decir eso se enfureció aún más, y con la cara descompuesta, apretó con más fuerza mi brazo, y dándome un grito me dijo.

- ¡Estás loca! ¿De qué Jesús me estás hablando? ¿Quién es ese tal Jesús?

En ese instante, ya nadie me podía parar.

- Jesús, el hijo de Dios - Le respondí.

Mi marido levantó la mano para descargarla sobre mí. Pero no lo pudo hacer, hubo una fuerza que se lo impidió. Trataba golpear mi rostro, sin que diera resultado. Yo sabía que Jesús estaba conmigo, no lo veía, pero sentía su aroma a

jazmín. Esa olor fue la que me impresionó la primera vez que lo vi, y que me acercara a él.

Mi marido seguía gritándome. Yo estaba tan sumergida en el aroma a jazmín, que no me daba cuenta qué sucedía. Sentí cómo zarandeó mi cuerpo, cogiéndome por los brazos. Me pegó un grito.

- ¿Te estás riendo de mí? ¡Soy tu marido, y tengo derecho a saber todo sobre ti! ¿Con quién me estás engañando?

Descargué mi impotencia en llanto. Y llorando le respondí.

- Miguel, te estoy diciendo la verdad, jamás te he mentado ¿Por qué no me crees?

- ¿Piensas que me voy a tragar esa patraña que me estás contando? El hijo de Dios ha venido aquí en persona ¿Y os habéis hecho amigos? ¡No me digas más tonterías y dime la verdad!

No podía más, y me puse a llorar desconsoladamente. Mi hijo que lo estaba todo escuchando, abrió la puerta del dormitorio y entró. Se abrazó a mí llorando. Mi marido se acercó, lo cogió de un brazo, y lo separó de mí. Lo llevó hasta la puerta del dormitorio, y le dijo con brusquedad.

- ¡Fuera de aquí!

Mi hijo le respondió llorando.

- No hagas daño a mi madre. Ella está diciendo la verdad.

Mi marido al oírlo decir esto, le dijo.

- ¡Ven aquí! ¿Cómo sabes que tu madre dice la verdad?

- Porque mamá, no miente. Yo creo en lo que ella te dice - Respondió medio asustado.

Le pegó un empujón, echándolo del dormitorio, mientras le decía.

- ¡Sois los dos iguales, siempre lo he dicho! ¡Hacéis buena pareja!

Mi marido volvió de nuevo a mí, parecía que estuviera más tranquilo. Y con la voz más serena me dijo.

- Emiliana, quiero que me digas la verdad de todo, y no vuelvas a decir, que ese joven es Jesús el hijo de Dios. Sé razonable y cuéntamelo todo, porque de lo contrario, voy a perder los estribos, y no quiero ¿Me has entendido?

La pena que tenía era grande, y sólo hacía que llorar ¿Qué le podía decir que no le hubiese ya dicho? Le estaba diciendo la verdad, y no me creía. Lo estaba pasando muy mal, pero eso era lo que menos me importaba. Lo más importante para mí era, la llama ardiente que había dentro de mí. Era el amor por Cristo, y cuanto más lloraba, más amor sentía hacia Él.

Oí el grito de mi marido diciéndome.

- ¡Por última vez, no te lo voy a repetir más! ¡Dime quien es ese joven!

Hubo una luz que se encendió en mi mente, a través de esa claridad le respondí más tranquila.

- Miguel ¿Te he engañado alguna vez? Siempre te he dicho la verdad ¿Por qué el hijo de Dios no puede venir a mí? Ha ido a más personas, no soy la única, puede ser que me haya elegido.

- ¿Estás hablando en serio? ¿Cómo es que las vecinas también lo han visto? ¿Son también elegidas?

- No lo sé - Le respondí algo confusa - Puede que sea para que den testimonio de Él.

Pensé que mi marido me había creído. Pues, salió del dormitorio con gesto de estar harto de toda esa historia. Salí de la habitación, y me lo encontré sentado en un sillón. Me echó una ojeada y me preguntó.

- Dime quien es ese joven, y qué edad tiene.



- Veintiséis o veintisiete años - Respondí - Viste de blanco, con blusón ancho, y pantalón también, calza sandalias. Tiene los cabellos negros, y largos hasta los hombros.

    Mi marido me miraba moviendo la cabeza.

- ¿Ahora qué digo yo en el trabajo? ¿Qué te ha visitado el hijo de Dios? Voy a ser el hazmerreír de todos.

    Habían pasado dos días de este episodio, y por la tarde recibí la visita de mi hermano y su mujer. No me extrañó verlos, pues, nos hacíamos visitas a menudo. Nos sentamos en la puerta, era donde mejor se estaba, corría un poco de aire. Mi hermano fue el primero en hablar, y dirigiéndose a mí me dijo.

- Ha estado Miguel en casa, nos ha hablado de tu salud mental. Dice que no estás bien, y que tendría que verte un medico. Es por esta razón que estamos aquí.

    Mi cuñada intervino.

- Es una consulta rutinaria, deberías ir, es importante hacerla.

    Me puse en pie, y le respondí.

- ¡Cuando me encuentre enferma iré al medico, ahora no! ¿Para eso habéis venido? ¡No os necesito!

- Emiliana - Dijo mi hermano - Ahora te voy hablar seriamente. Tu marido nos ha dicho, que te ves con un hombre joven, y dices, que se trata de Jesús, el hijo de Dios. Deberás comprender, que no nos lo vamos a creer.

    Me fije en la cara de mi cuñada, estaba riendo con malicia. Me vino de nuevo la pena y rompí a llorar.

    Mi hermano intervino diciendo.

- Lo hacemos por tu bien, ya sabes que te queremos.

    Lo miré a los ojos y le dije.

- ¡Vosotros decís que me queréis! ¿Pero en verdad sabéis cómo es el verdadero amor? ¡Si me quisierais me estaríais defendiéndome y no trataríais encerrarme, eso es, lo que estáis pretendiendo!

Los dos se quedaron callados. Yo seguía llorando ante la mirada de ellos. En esos instantes, llegaba mi hijo del colegio. Al ver que estaba llorando, dejó la cartera en el suelo, y me abrazó. Me besó en las mejillas.

- Daniel, hemos venido a visitar a tu madre - Dijo mi cuñada- No se encuentra bien.

Mi hijo le contestó como si de un hombre se tratara, y me dejó con la boca abierta.

- No hace falta que vengáis aquí para eso. Mi madre no os necesita ni yo tampoco.

Mi hermano se puso en pie, avanzó dos pasos hacia mi hijo, y le pegó una bofetada, al tiempo que le decía.

- ¿Porqué nos hablas así? ¿No le tienes respeto a tus tíos?

Mi hijo se llevó la mano a la mejilla, al tiempo que lloraba. Le miré la cara, le había quedado roja. Con rabia miré a los dos y les dije.

- ¡Iros de esta casa y no volver más! - Y dirigiéndome a mi hermano le dije - ¡A partir de este momento has dejado de ser mi hermano!

Mi hijo estaba sufriendo al mismo tiempo que yo. Pobrecito, se marchaba cada día al colegio con el pensamiento puesto en mí. Un día sin yo esperarlo me dijo.

- Mamá, háblame de ese joven que viene a verte, me gustaría saber cómo es.

- ¿Sabes quién es Jesús verdad? - Le pregunté.

- Sí, tu tienes imágenes de él, y en el colegio he visto otras ¿Es el niño Jesús cuando era pequeño?

- Eso es cariño - Le respondí - Pero no es como lo pintan en las imágenes. Es diferente, muy guapo, el más guapo de todos los hombres. Lleva con él, todo el amor del universo. Cuando se le conoce se le ama.

- ¿Lo quieres más que a mí? - Me preguntó algo celoso - ¿A quién quieres más?

Le cogí la cabeza y le di un beso en la frente.

- A ti te quiero igual que a él, y a él lo quiero como te quiero a ti. Los dos sois para mí el mismo amor. Porque él vive dentro de mí, y también tú.

- ¿También yo lo podré ver como tú? Me gustaría conocerlo, y hablar con él ¿Crees que Jesús me querrá como te quiere a ti?

- Seguro que sí cariño - Le respondí - y mucho más, porque eres un niño. Jesús quiere a todos los niños.

Estaba anocheciendo. Mi marido no había llegado todavía a casa. Hacía días que venía a la hora que se le antojaba, no hacía ya una vida normal cómo antes. Cenamos mi hijo y yo, más tarde se quedó mirando la televisión, y yo me fui a dormir. Dejaba la cena de mi marido encima de la mesa, pero no cenaba. Lo hacía en otro lugar que yo nunca supe.

Había pasado un mes y medio de toda esta historia. Una mañana alrededor de las once, miré por la ventana delantera de la casa. Estaba lloviendo, y el día era bastante gris, casi oscuro. En esa espesa niebla había una silueta que yo reconocí al instante. No podía ser otro que Jesús, acompañado de su perro. Se me escapó un grito de alegría, y dirigiéndome a la puerta la abrí. Me apresuré para llegar hasta él, y cuando estaba delante le dije.

- Entra dentro de casa, te estás mojando.

- No, quedémonos aquí fuera - Respondió.

En esos instantes, una vecina salió de su casa. Se marchó calle abajo a toda prisa, estaba segura de que iba en busca de mi marido para decirle, que el joven había venido a visitarme. Por lo que advertí, todo esto lo tenían planeado. A mí, no me importaba que mi marido me viera con Jesús aunque no creyera que se tratara de Él. Yo quería a mi marido, pero el amor que yo sentía por ese joven, no era el mismo. Por Jesús lo hubiese dejado todo para irme con él, pero llevándome a mi hijo.

Jesús me miraba, yo le correspondía. Jamás podré explicar con palabras lo que sentí. Era como entrar dentro de él, y ver todo lo que había en su interior. Nada de lo que hay en la tierra por muy hermoso que sea, se podrá parecer a lo que vi en sus ojos azabache, luminosos.

No sé si estuve bastante rato hablando con Jesús o que la vecina corrió demasiado. Cuando me di cuenta, vi a mi

marido que venía por la calle arriba con paso acelerado. Lo acompañaban varias vecinas. Me giré hacia Jesús y le pregunté.

- ¿Sabías que esto iba a suceder?

- Sí Emiliana, lo he querido. Para que tu marido me conozca.

Me fijé en el rostro de mi marido, venía descompuesto. El primer impulso que tuve, fue, colocarme detrás de Jesús. Le cogí a mi marido un miedo espantoso. Fue una reacción absurda la que tuve, puesto que Jesús se encontraba a mi lado, y nada me podía suceder.

Faltaba aproximadamente un metro para que mi marido llegara hasta nosotros. Y de pronto, empezó el cuerpo a darle sacudidas eléctricas. Las manos y brazos le temblaban, las piernas también la cara le enrojeció. Gritaba muy alarmado.

- ¡Qué me está ocurriendo! ¡Me han maldecido!

Jesús extendió sus manos, y con voz serena le dijo.

- Pronto pasará, y no tendrás nada. Quédate en donde estás y no te acerques, tu energía es contraria a la que a mí me acompaña.

Mi marido nos miraba, con los ojos fuera de sí. Y con la mirada desencajada, preguntó.

- ¿Porqué ella puede estar a tu lado y yo no?

Jesús sonrió afirmando, y le respondió.

- Ella me ama.

Mi marido al oír esto se enfureció.

- ¡Me has quitado a mi mujer! ¿Por qué lo has hecho?

- No te la he quitado - Respondió Jesús - Ella al nacer, ya era mía. Puedes agradecerme, que te la haya dejado el tiempo que lleváis casados. Si fueras de otra manera, la seguirías ¿Sabes quien soy? Ahora con todo lo que sabes ¿Me lo puedes decir?

- Sigo sin saberlo - Respondió mi marido con un meneo de cabeza - me estoy volviendo loco.

- No Miguel - Dijo Jesús - Mira en tú interior y busca. Todo está dentro de ti, no tienes que ir lejos para buscarlo. Busca al Padre eterno, está a tu alrededor. Me estás viendo, y dices que no sabes quien soy. Pues, si no puedes ver lo que tienes delante de ti, menos podrás ver lo que tienes dentro.

    Mi marido pegó un grito y dijo.

- ¡No me des sermones, porque eso no va conmigo! Hago lo que me parece.

- Miguel, escucha lo que te voy a decir - Dijo Jesús - Ahora me voy, que no se te ocurra maltratar a tu mujer. Ámala, porque ella, te ama. Si le tocas un solo cabello de su cabeza, siempre te arrepentirás. Pues, ella viene conmigo, y yo con ella. No lo olvides.

    Jesús se colocó frente a mí, puso sus manos encima de mis hombros, y mirándome dulcemente me dijo.

- Pronto volveré. Cuando necesites hablar conmigo lo haces, yo donde quiera que esté, te oigo.

    Seguidamente se volvió hacia la gente que nos rodeaba, levantó su mano en señal de saludo.

    Todos lo vimos cómo se alejaba con su perro por el llano campo.

    Oí la voz de mi marido que me dijo.

- ¡Eh! ¿Te has quedado dormida?

    Lo miré con dulzura, y rápidamente me reprimió.

- ¡No me mires de ese modo, porque a mí, no me engañas! ¡Sé lo que tienes tramado con ese, que se hace llamar Jesús! ¡Sabe cómo conquistar a las mujeres! ¿Crees que no me he fijado en su modo de vestir? ¿En cómo te mira? ¡Es un seductor nato. Pero conmigo no va a poder, soy mucho más fuerte que él!

- No hables de ese modo sobre Jesús - Le dije algo triste - Te ha demostrado que es el hijo de Dios ¿Por qué no lo admities?

Se rió a carcajadas, mofándose. Y los vecinos que estaban escuchando también. Parecía un circo.

- ¡A qué le llamas tú don o poder! ¿A que no me haya podido acercarse a él? No tiene importancia, ni siquiera es un truco. Tuve calambres, eso le puede pasar a cualquiera ¡Vaya descubrimiento!

Mi marido me condujo a que entrara en la casa. Y dentro me dijo de mala manera.

- Ahora cuando me vaya te voy a encerrar con llave, y cada día haré lo mismo. A ver si Jesús viene a abrirte la puerta.

- ¡Miguel no hagas eso! - Le dije llorando - ¡El niño no tardará en venir del colegio, no podrá entrar!

- ¡Que se espere en la puerta hasta que yo vuelva! ¡De todas maneras es como tú, también le servirá de escarmiento a él!

Cerró la puerta con llave. Yo no podía soportar esa situación. Mi marido no venía a razones. Me di cuenta que no me quería, y que era un egoísta, un machista, y un descerebrado.

Yo estaba asomada a la ventana, esperando a que mi hijo volviera del colegio. Cuando estuvo cerca lo llamé.

- Daniel cariño, no puedes entrar en casa.

- ¿Qué dices mamá? - preguntó con cara de espanto, como si con él no fuera.

- Tu padre me ha encerrado y se ha llevado la llave, tienes que esperar hasta que vuelva.

El pobrecito no respondió, y se fue a sentar en el escalón de la puerta. Así estuvo hasta que mi marido volvió.

Yo tenía la comida preparada y puesta en la mesa. Comimos los tres sin mediar palabra.

Llevaba un mes encerrada, no salía ni para comprar. Las compras las hacía mi marido.

No era justo lo que hacía conmigo. Estaba segura que no lo hacía por celos, sino por hacerme daño, martirizarme, y por venganza.

Como todos los días llegó mi hijo del colegio, él también soportaba esa situación. Sufría mucho de verme, cada día se daba una hartá de llorar. Sentí miedo por mí, que no fuera a ocurrir algo.

Mientras que estaba sentado en el escalón de la puerta esperando a su padre me llamó. Y cuando acudí, me hizo una pregunta.

- Mamá ¿No estás harta de todo esto?
- Sí hijo mucho, pero no puedo hacer nada.
- Si quieres, puedo ayudarte a salir de la casa, y marcharnos a otro lugar.
- ¿Cómo? - Dije sorprendida - ¿Cómo se te pudo ocurrir tal disparate?
- No te asombres mamá, y lucha, por lo que crees que es justo. Yo te ayudaré si tú lo permites.
- ¿Y de qué manera puedes ayudarme?
- Te subes en una silla, y saltas por la ventana. Yo te cojo, y nos vamos lejos de aquí, donde nadie nos conozca.

Iba con mi hijo de sorpresa en sorpresa, creía conocerlo pero no era así.

- ¿A dónde vamos a ir? - Le pregunté - ¿No sabes que no puedo hacer eso? Estoy casada con tu padre, y si me voy, sería abandono de hogar ¿Sabes lo que es?
- Mamá no entiendo de normas ni de leyes, pero lo que sí te voy a decir es, que papá te está tratando mal dejándote encerrada en casa ¡Es él quien merece ser castigado!

Estuve unos instantes reflexionando las palabras de mi hijo, y en el fondo tenía razón ¿Pero cómo se le pudo ocurrir tal idea? Sólo era un niño. Pobrecito, estaba harto de verme



sufrir de esa manera. A su padre apenas le hablaba. Yo le decía, que no lo tenía que hacer, pero no me hacía caso.

- ¿Sigues enfadado con tu padre? - Le pregunté.

- ¡Sí, y mucho! - Respondió refunfuñando - Aunque sea mi padre no tengo que estar soportando todo lo que nos quiera echar. Conmigo ha llegado a un límite.

Me sorprendió su respuesta, jamás le había oído hablar de esa manera.

Estas conversaciones, las teníamos por la ventana. Dentro de casa no podíamos hablar. Mi marido se acercaba a mi hijo y a mí, para que no pudiésemos decir nada, nos espiaba todo el tiempo que estábamos los tres juntos.

Llevaba yo quince días encerrada dentro de la casa. Mi hijo llegó al mediodía del colegio. Y como cada día, tenía que esperar sentado en el escalón de la puerta a que llegara su padre. Lo noté cambiado y nervioso. Pasaba el tiempo cogiendo piedras, y después las lanzaba con rabia, al tiempo que repetía una y otra vez - ¡Mecachis! ¿Por qué no soy un hombre? Entonces fue cuando decidí hacer lo que me propuso.

Me asomé a la ventana, y lo llamé.

- ¡Daniel, hijo ven!

Venía con cara de aburrimiento. Se quedó delante de la ventana esperando qué le iba a proponer. Con voz triste me preguntó.

- ¿Qué quieres? ¿Para qué me has llamado?

- Necesito hablar contigo antes que llegue tu padre.

- ¿Sobre qué?

- Nos vamos a escapar de aquí. Hoy no puede ser, pues tu padre está al llegar, pero mañana, haces como que te vas al colegio, y cuando tu padre se haya ido, nos fugamos los dos. Trataré de salir por la ventana que da al huerto, es más grande y más ancha que esta.

La cara de mi hijo reflejaba alegría, los ojos le brillaban. Y sin poderse retener me contestó.

- Tenía ganas que pensaras de la misma manera que yo ¡Los dos seremos libres!

Al día siguiente, estaba yo contenta de irme, no pensaba en lo que nos deparaba el destino, puesto que yo estaba con Jesús recordando sus palabras.

- Yo soy tu pastor, y de nada te faltará - Tenía toda mi confianza puesta en él. Y como es el amigo que nunca falla, quise correr la aventura que mi hijo me propuso. Ese día cuando mi marido llegó para la comida, mi hijo y yo estuvimos distanciados y apenas sin decirnos nada, para que mi marido no sospechara. Comimos los tres como de costumbre. Mas tarde mi hijo se fue al colegio, y mi marido a su trabajo.

A la mañana siguiente, todo transcurrió como lo habíamos planeado mi hijo y yo. Hizo como que se iba al colegio y al rato volvió. Yo estaba preparada. En una bolsa metí lo necesario para comer un día, pero no podía llevar mucho más.

Mi hijo me estaba esperando al otro lado de la ventana. Coloqué una silla, como habíamos acordado. Me subí encima, y lo primero fue echar la bolsa por la ventana, mi hijo la cogió. Y lo más difícil era saltar yo. Mi hijo me animaba dándome fuerza. Con algo de dificultad salté, y al poner los pies en el suelo, me hice daño en un tobillo, pero no fue nada, pronto pasó el dolor.

Las calles estaban mojadas, había estado lloviendo toda la noche. Al verme libre tenía ganas de correr cogida de la mano de mi hijo. Los dos estábamos indecisos, no sabíamos que atajo coger, hicimos rumbo a lo desconocido. Algún sitio llegaríamos, pero con todo eso pensé en Jesús ¿Aprobaría lo que hice? Suponía que sí. En una ocasión me dijo - Que lo que yo decidiera estaría bien - Más tranquila caminaba al lado de mi hijo. No sé porqué, cogimos la carretera que conduce a la montaña. Aunque el sol calentaba, el frío del invierno enfriaba los huesos, pero al ir andando no se notaba ¿A dónde íbamos? Me parecía una locura pero ya estaba hecho, teníamos que seguir.

De súbito, mi hijo señaló con el dedo una casita pequeña que sobresalía por la meseta de una montaña.

- ¡Mira mamá, allí arriba hay una casa!
- Es nuestra salvación - Le respondí - ¿Pero cómo hago yo para subir la pendiente tan enorme que hay? Y para que esté cerrada.
- Es un riesgo que tenemos que correr. Hay que seguir adelante mamá.

Yo miraba la distancia que había hasta subir toda la pendiente de la montaña, y sentía escalofríos, no me veía capaz de hacerlo. Mi hijo lo notaba, y los ánimos que me daba me hacia ser fuerte. Empezamos a subir, era mi hijo que iba estirando de mi mano, y con la otra, me agarraba a los pinos que a nuestro paso había. Pero llegó un momento que no podía más. Me quedé plantada y mirando a mi hijo con cara de cansancio, le dije.

- ¡Hasta aquí puedo llegar! Tendremos que volver hacia atrás, nos queda mucha montaña para escalar.
- ¡No puedes rendirte ahora! No seas miedosa, coge aire, y sigamos ¡Dame tu mano!

Con mil esfuerzos seguí subiendo. El flato que sentía era horrible, me oprimía el costado derecho, y me impedía respirar. Habíamos hecho la mitad de la montaña. Miré hacia abajo y pensé - Dios mío, si me caigo, bajo rodando como una piedra.

Al fin llegamos arriba. No podía creérmelo, me tumbé encima de la hierba mojada, aguantando con mi mano derecha el costado, el dolor se había hecho insoportable. Mi hijo quedó de rodillas a mi lado, y me preguntó.

- ¿Cómo te encuentras mamá?

La respiración agitada prohibía responderle y tardé quizás un minuto.

- Daniel, estoy bien, pero necesito un tiempo para reponerme
- Repuse - Está todo en silencio, no parece que por aquí haya alguien.

- ¿Voy a verificarlo? - Dijo poniéndose en pie, y se alejó unos metros de mí.

- Espérame, iremos los dos - Le dije incorporándome.

Pasado un rato me encontré mejor.

Al acercarnos a la casita, comprobamos que se trataba de un refugio de una sola pieza. Tenía años, las paredes estaban agrietadas, la puerta era vieja, y no cerraba. Fuimos entrando con cautela, no sabíamos con qué nos íbamos a encontrar. Una vez dentro, miramos por los cuatro rincones. En la pared de la derecha, había una chimenea, con ceniza pasada, hacía tiempo que no iba nadie. A un lado de la chimenea, había un colchón de espuma, y una manta doblada encima.

Lo primero que hice fue coger algo de leña qué, quedaba en un rincón, la llevé a la chimenea. Sobre una repisa que había encima, encontré una vela usada, y una caja de cerillas, las utilicé para encender la chimenea. Con la llama iluminaba el recinto. Habíamos encontrado un lugar, aunque no era el adecuado, pero para pasar la noche o varios días quizá, era suficiente, mejor eso que nada.

Mi hijo Daniel estuvo todo el rato ayudándome. Me daba pena verlo, pobrecito, ninguno habíamos comido nada desde que salimos de casa. Había echado en la bolsa, una hogaza de pan, y un buen trozo de queso. No me pedía comer, pero lo necesitaba al igual que yo. En dos sillas viejas de madera nos sentamos. Abrí la bolsa, cogí el pan y el queso, y repartí un trozo de cada alimento.

Comíamos sin decirnos nada, estábamos abatidos por la decisión que habíamos tomado. Estoy segura que mi hijo pensaba en su padre, también yo ¿Qué debió suceder al llegar a casa al mediodía y no encontrarnos? Debía estar como loco buscándonos. No quería pensarlo, era posible que mi hijo no hablaba para no mencionar el hecho.

Se había hecho de noche y sentía miedo. Mi hijo y yo en la cima de una montaña y solos, con un frío que calaba los huesos. Los silbidos del viento que pegaban en la puerta que no cerraba, y que estaba todo el tiempo pegando portazos. Lo mejor era acostarse y descansar. Eso fue lo que hicimos.

Una de las sillas de madera gruesa, la ajusté a la puerta, y todo quedó más tranquilo.

El colchón no era confortable, pero tampoco nos podíamos quejar. Daniel estaba abrazado a mi cintura, los dos nos dábamos calor. Su cara pegada en mi pecho, trataba dormirse. Levantó la vista y me preguntó.

- Mamá ¿Crees que papá nos estará buscando?

- Sí, pero no con la intención para que estemos con él, ahora es cuando va a pretender hacerme daño.

- Jesús no lo consentirá ¿Verdad? Si nos está ocurriendo esto, es por causa suya, por el amor que tú le tienes.

- Tienes razón cariño, pero si nos tuviera que sacar de todos los líos en que nos metemos, no tendría tiempo de hacer otra cosa. Somos nosotros quién debemos luchar para salir adelante. Su amor es grande, y lo tenemos que ganar. Cuesta mucho llegar hasta Jesús. Todos no están dispuestos a pasar por donde tú y yo estamos pasando. Si lo amamos, lo tenemos que demostrar.

Daniel se mantuvo callado durante unos minutos y después me volvió a preguntar.

- Mamá ¿Conoceré a Jesús como lo conoces tú? Nunca lo he visto, no he coincidido en las veces que te ha venido a ver.

- Ya lo conocerás hijo. Tú a Él no lo conoces, pero Él a ti, sí.

Me hizo una pregunta que me cautivó, me dijo.

- ¿Jesús sabe que soy tu hijo?

- Claro que sí cariño. Él sabe quien somos todos, y nos conoce, también nuestras intenciones.

No volvió a preguntarme nada más. Miré su cara, se había dormido. Me pasé casi toda la noche sin pegar ojo. El viento era insoportable. Las ramas de los árboles se movían agitadas, pegando en las paredes del refugio y en la puerta, que aunque había colocado una silla detrás, no paraba de moverse dando empujones. Era como si alguien tratara de entrar. Yo sabía que ese ruido lo estaba provocando el viento. Me dormí cuando empezaba amanecer.

Me despertó el ruido de las chispas que hacían los chopos quemándose en la chimenea. Mi hijo se había levantado, y silenciosamente encendió la chimenea. Miré el reloj que llevaba en la muñeca, y comprobé que habían pasado las diez de la mañana, me puse en pie. Necesitábamos lavarnos ¿Pero con qué agua? Dentro del refugio no había un recipiente que contuviese este líquido. La necesitábamos también para beber.

- Mamá ¿De qué manera vamos a sobrevivir aquí? - Preguntó mi hijo - No hay de nada. Fuera son árboles y hierbajos. No podemos quedarnos aquí ¿Lo has pensado?

Yo tenía las ideas algo dislocadas, cada uno pensaba de un modo diferente. Yo era la responsable de mi hijo, sólo era un niño.

- Tienes razón Daniel - Le dije - Ahora está lloviendo y hace mucho frío, no podemos decidir nada, es mejor esperar aquí hasta ver que pasa.

Daniel encontró en unos de los laterales de la chimenea, una jarra de cerámica. Vino contento a mostrármela.

- Mira mamá, voy a sacarla fuera, el agua de lluvia nos proporcionará un elemento más para vivir.

En sólo un rato, la jarra se llenó de agua, y pudimos beber. Los recursos que teníamos eran pocos para seguir adelante. A eso del medio día nos habíamos quedado mi hijo

y yo sentados delante de la chimenea, terminando de comer el último trozo de pan y queso que quedaba.

De súbito, la puerta se abrió de golpe. En el umbral apareció un hombre de unos treinta años. Vestido de campesino. Daniel se asustó, y vino a sentarse en mi regazo. El hombre avanzó y se quedó delante de nosotros. Yo estaba aterrorizada, mi hijo y yo nos quedamos abrazados, esperando que algo sucediera. De entrada no parecía ser mala persona, pero no las tenía todas conmigo, era la primera vez que lo veíamos. Él notó nuestro miedo, y se dirigió a nosotros con voz suave.

- ¿Qué hacéis aquí?

- Daniel se abrazó a mi cuello, notaba su corazón cómo latía aprisa. El hombre esperaba una respuesta.

- Buscábamos un sitio donde meternos.

- ¿Cómo habéis subido hasta aquí arriba? - Preguntó extrañado.

- Trepando por la montaña - Dije.

- ¿Es tu hijo? - Preguntó.

- Sí.

Se sentó en la silla que mi hijo ocupaba, me tranquilicé, advertí que era un hombre sereno, y que lo que pretendía era ayudarnos.

- ¿Estáis huyendo de alguien?

Tardé en responder. Fue mi hijo quién hizo que dijera la verdad, me miraba asustado, tenía tantas ganas como yo de que pronto todo acabara.

- De mi marido - Respondí.

- ¿Ocurre algo grave?

- Sí. Es mejor que no sepa donde estamos.

- ¿De donde sois?

- De Fuente Vaqueros - Respondí - ¡Es el pueblo que hay al lado!



- ¿Qué ha pasado con tu marido para que te escondas de él?

Fue mi hijo quien respondió.

- Mi madre no ha hecho nada a mi padre. Es él, quien la tenía encerrada con llave, para que no pudiese salir. Tampoco estamos aquí escondidos, es que no tenemos a donde ir.

El hombre sonrió, y dijo.

- Señora, tu hijo te defiende bien - Y dirigiéndose a Daniel le preguntó - ¿No quieres a tu padre verdad?

- Sí lo quiero - Dijo Daniel algo triste - Pero es que ha hecho sufrir a mi madre sin razón. Ella no merece que mi padre la encerrara, no ha hecho nada.

El hombre me miró con tristeza, y seguidamente me dijo.

- Aquí no os podéis quedar. Hace mucho frío y la nieve no tardará en aparecer. Os quedaríais bloqueados, y pronto moriríais de frío y de hambre. Gracias que he visto desde mi casa el humo que sale de la chimenea. He venido lo más pronto que he podido, de lo contrario, cuando yo hubiese venido en la primavera, no sé con lo que me hubiera encontrado.

- No estamos solos - Respondí.

Le chocó lo que le dije, y se dispuso a mirar en el recinto buscando a más gente.

- ¿No están solos? ¿Hay alguien más? - Preguntó sorprendido.

Advertí que había dicho algo chocante para él. Fue Daniel quien respondió.

- Mi madre se está refiriendo a Jesús.

- ¿Jesús? ¿Qué Jesús? - Preguntó todavía más sorprendido.

Entonces fui yo quien tuve que coger la palabra.

- Jesús, el hijo de Dios.

El hombre levantó los hombros, en señal de no entender qué quise decir y preguntó.

- ¿Es por eso que tu marido te encerraba?

- Sí - Respondió Daniel - Mi madre ha visto a Jesús en carne y hueso. Igual que te está viendo a ti.

El hombre se rió, no me gustó y se lo reproché.

- No te rías, es cierto que he visto a Jesús, igual como te estoy viendo a ti.

Hizo un ademán de estar cansado de esa historia. Se puso de pie y me dijo.

- Pronto anochecerá. Voy a llevaros a vuestra casa, he traído la furgoneta. Prepararos para el descenso. La furgoneta la he dejado aparcada en el andén de la carretera. Seguro que tu marido os estará buscando.

- ¡No podemos ir a mi casa! - Le dije - Mi marido no viene a razones, está como loco ¿Has creído la historia que te hemos contado de Jesús?

- No.

- Pues, mi marido tampoco y por lo tanto, lo ha visto, y dice que no es Él. Le ha dado pruebas, y sigue diciendo que no es verdad.

Se quedó algo pensativo como analizando, y seguidamente dijo.

- No os voy a llevar a la fuerza, pero mi deber es de decir donde estáis ¿Tenéis comida para esta noche?

- No - Respondí - Ni comida ni agua.

- Os voy a llevar a mi casa. Vivo con mis padres, esta noche os quedaréis allí, pero mañana hay que decidir algo. No podéis estar yendo de un lado a otro.

- Está bien - Respondí, era lo más acertado. Pues en el albergue no era posible vivir, y menos en pleno invierno.

Estaba segura de que era Jesús quien lo había mandado. Sabe cómo entrar en las personas para que hagan el bien sin que se den cuenta.

Para bajar la montaña fue para mi más difícil que subirla, pero tuve la ayuda de mi hijo y de este hombre que todavía no sabía cómo se llamaba. La furgoneta estaba aparcada a un lado de la carretera.

Al llegar a su casa explicó a sus padres lo sucedido. La madre de este hombre se compadeció de nosotros. Preparó una buena cena, y dispuso una habitación con una cama antigua de matrimonio, para mi hijo y para mí.

Después de la cena, el matrimonio me estuvo aconsejando, que lo mejor era volver a mi casa y hablar con mi marido. Creí que era la mejor solución, y ver cómo se arreglaba todo. En el dormitorio a solas con mi hijo, estuvimos hablando, y llegamos a una conclusión, aunque Daniel no estaba de acuerdo, no quería seguir viendo a su padre, y así me lo expuso.

- Mamá, no tenemos necesidad de volver a casa ¿Es que no sabes cómo es papá? Volverá a encerrarte de nuevo. No te quiere a ti, ni a mí tampoco.

Hice que esa idea la sacara de su cabeza.

- Hijo. Papá a ti si te quiere. No digas eso.

- ¿Crees que si me quisiera iba a portarse mal contigo? Si lo hace es porque tampoco me quiere a mí. Sabe que un hijo sufre con lo que le hagan a su madre, él lo hace para que yo esté también mal, y sufra contigo.

Tuve que conformarlo, pues, razón no le faltaba. Aunque tenía doce años se daba cuenta de todo. Sólo estaba pendiente de mí de lo que hacía o decía.

- Daniel, mañana volveremos a casa, no tengas miedo por lo que pueda suceder, Jesús está con nosotros.

Le di un beso en la frente, se relajó y se durmió.

La madre de este hombre nos había puesto el desayuno. Café con leche y pan frito. Un desayuno con mucha energía.

Me despedí del matrimonio dándole las gracias por todo lo que habían hecho por nosotros.

Subimos en furgoneta, y regresamos a casa.

La puerta estaba cerrada. La vecina que siempre estaba mirando para ver que veía. Salió corriendo de su casa en dirección calle abajo. Sabía que mi marido no tardaría en llegar, ella había ido para avisarle.

- ¿No hay nadie en tu casa? - Preguntó este hombre.

- No. Pero pronto vendrá mi marido. Han ido a buscarlo.

- ¿Cómo lo sabes? - Preguntó extrañado.

- Es una vecina la que se encarga de llevar y traer. Sólo sabe que meter cizaña.

Entonces fue cuando este hombre se dio cuenta de la situación mía. Me miraba con tristeza, incluso con impotencia de no poder ayudarme como quisiera.

- Siento mucho lo que estás viviendo. Lo que pueda hacer por ti, y por tu hijo, lo haré.

Hablaba con sinceridad.

Me preparé para lo peor. Estaba convencida que sería un golpe fuerte lo que mi marido daría. No tardó en aparecer subiendo la calle, acompañado de la vecina y de dos policías. Y sin esperar a razones por parte mía. Agarró a mi hijo por un brazo y dijo con la cara enfurecida.

- ¡El niño me lo quedo yo, tú puedes irte! ¡Estás enferma, no estás bien de la cabeza!

Daniel lloraba llamándome.

- ¡Mamá, no me dejes con él, quiero ir contigo!

Me dirigí a uno de los dos policías, y le expresé mi dolor.

- ¡Haga que me de a mi hijo!

- Lo siento señora - Dijo con voz ronca- Es usted quien a abandonado a su marido, creo que tiene la de perder, pero esto quien lo tiene que juzgar es el juez. Acompáñenos al cuartelillo. Su marido puso una denuncia ayer.

Mi hijo seguía en las manos de su padre, llorando, y llamándome. Cuando me di cuenta estábamos rodeados de todos los vecinos. Cada uno estaba sacando su conclusión de lo sucedido.

El hombre que nos había llevado, que su nombre es Juan, me acompañó al cuartelillo para defenderme, diciendo la verdad de cómo nos había encontrado. Nos hicieron entrar en el despacho del comisario, me hizo preguntas. Y respondí a todas.

- ¿Por qué abandonó con su hijo el hogar? - Me preguntó.

- Mi marido me tenía encerrada en casa con llave. Llevaba viviendo de ese modo quince días. Lo hice mayormente por mi hijo, el pobrecito sufría más que yo de verme así.

El comisario fue muy considerado conmigo. Hizo que entrara en el despacho a mi marido, y comprobó que era cierto lo que yo decía, no vio en mí ninguna culpa, y dijo, que me podía marchar.

Mi marido interrumpió diciendo.

- ¡El niño me lo quedo yo, es mi hijo!

- También es hijo de su mujer - Respondió el comisario.

- ¡Ella no puede entrar en mi casa, me ha abandonado!

- Tendrá que abrirle la puerta, ha vuelto, y es su mujer. Traten de reconciliarse, y sea mejor esposo con ella. Una mujer no abandona el hogar si es bien tratada por su marido.

Regresamos a casa. Juan también venía, era más sensible de lo que yo pensaba. Sentía por mí mucha pena. Se despidió para marcharse, y dijo.

- Siento mucho lo que ha sucedido, no creía que tu marido fuera así. De verdad, que lo siento mucho.

- Sé que también tú lo estás pasando muy mal. Sólo me queda darte las gracias, por todo lo que has hecho por mi hijo y por mí.

Mi marido se aproximó a Juan, le dijo.

- ¡Llévatela contigo!

- Sí que me la llevaría, pero está casada - Respondió Juan muy afirmativamente.

Mi marido enfureció al oír estas palabras. Y vino hacia mí con la intención de pegarme. Juan se puso por medio, y le impidió que lo hiciera. Mientras tanto Daniel corrió a mi encuentro, y se abrazó a mí. Yo protegía su cuerpo con mis brazos.

Sentí una fuerza enorme detrás de mí. Me giré en dirección al huerto. En donde empezaba el campo, estaba Jesús, mirándome. Y como de costumbre bellísimo, bellísimo. Mi corazón latía aprisa, la emoción que sentía era más que sublime. Daniel tenía que verlo, era la ocasión y le dije.

- Cariño, mira, donde está Jesús.

Mi hijo giró la cabeza, y estuvo observando unos instantes la silueta del amado Jesús. Daniel estaba emocionado, dos lágrimas le resbalaban por las mejillas. Se acercó a mi oído y me dijo.

- Mamá, tenías razón ¿Por qué es tan guapo Jesús? Ahora me doy cuenta del porque lo quieres tanto.

Mi marido y Juan habían empezado una discusión, y de ahí, llegaron a las manos. Quería mi marido demostrarle lo hombre que era.

También la gente estaban viendo a Jesús, y sin poderlo controlar, gritaban alborotados diciendo.

- ¡Otra vez ha venido este joven! ¡Viene por Emiliana!

Mi marido al oír estos gritos, cesó el combate que tenía con Juan, y se puso también de espectador, no tardó en acudir a nuestro encuentro. Gritaba llamándome desesperadamente.

- ¡Emiliana, no te acerques a él! ¡Dame al niño!

Estaba ya junto a nosotros, y también nosotros de Jesús. De pronto oí que dijo a gritos.

- ¡Donde están! ¡A donde han ido! ¡Estaba a punto de coger a mi mujer y a mi hijo, han desaparecido, no los veo!

Daniel y yo estábamos junto a Jesús, él sonreía. Sus pupilas habían entrado en las mías, y pude ver cómo si lo tuviera de cerca, el mar, los ríos, montañas y campos. Aves de todas las clases, animales salvajes y domésticos. Flores, muchas flores, árboles. Mariposas volando. Las lagrimas encharcaron mis ojos, y llorando le pregunté a Jesús.

- ¿Todas estas maravillas están dentro de ti?

- Sí mi amada Emiliana. También están en ti, y en todas las criaturas de la tierra. Porque cada criatura es el universo.

Me di la vuelta y miré a mi marido que seguía buscándonos entre toda la gente. Pregunté a Jesús.

- ¿Todos ellos también lo tienen?

- También. Todos sin excepción.

- Estoy segura que no lo saben, tampoco yo lo sabía hasta este momento ¿No puedes hacer que ellos lo vean?

- Mi amada Emiliana, ellos no me buscan, saben que existo pero pasan de mí. Huyen de los sacrificios que puedan acarrearles mi existencia. Prefieren vivir los días en la tierra para la esclavitud de sus placeres. Cuando dejan la tierra, se marchan sin haber aprendido nada. Son igual que zombis.

Yo seguía mirando cómo mi marido, Juan y los demás, nos buscaban.

- ¿Por qué no nos ven? - Pregunté a Jesús.

- Espiritualmente están ciegos, esa es la causa.

- ¿Nos has hecho invisibles a sus ojos?

- Sí. Para demostrarte que viven en la oscuridad.

- ¿Todos? - Le pregunté - Son muchos.

- Todos menos uno. Sabes quien es.

Busqué con fuerza, no podía fallarle a Jesús. Y mis ojos se pararon en una persona.

- ¿Es Juan?

- Sí. Has visto bien, él no sabe que fui yo quien lo mandó al albergue. No podíais estar más tiempo viviendo allí.

Nos íbamos acercando a la muchedumbre, hasta que nos quedamos en medio de todos. Entonces fue cuando dos mujeres gritaron diciendo.

- ¡Están aquí, se habían quedado entre nosotros!

Un hombre lamentó.

- ¡Es por eso que no los veíamos!

Mi marido se abrió paso, y llegó hasta nosotros. Sabía que no podía hacer nada, y que era muy extraño lo que había ocurrido. Me dijo con desaire.

- Puedes quedarte con el niño, no os quiero a ninguno de los dos. Es mejor para mí, tú ya no eres la misma de antes ¿Para qué te voy a necesitar?

Juan se había aproximado. Tenía los ojos encharcados de lágrimas. Era consciente que tenía delante a Jesús, y que lo estaba mirando con ternura. Jesús posó su mano derecha en el hombro izquierdo de Juan y le dijo.

- Cuida de Emiliana y de su hijo.

- Así lo haré, Maestro - Respondió Juan.

Jesús posó su mirada en todos los presentes. Levantó la mano derecha en señal de saludo. Al darse la vuelta, acarició la cabeza de mi hijo, y a mí me dijo.

- Mi amada Emiliana, sé feliz, y vive la vida con alegría, porque dentro de ti vivo yo.

Jesús se marchó por el llano campo, y al llegar al final del camino, se dio la vuelta, y nos mandó a todos los presentes un saludo.

Mi marido me dejó tranquila, y no se metió más conmigo.



Volvimos en la furgoneta a casa de los padres de Juan. Yo era libre, y realmente me sentía feliz con mi hijo a mi lado. Y con alegría, que es una manifestación de Jesucristo viviendo en ti.

Juan, mi hijo y yo, íbamos en la furgoneta por pueblos, hablábamos de Jesús, de Dios Padre y de su Reino, pero siempre sin inculcar alguna religión. Los años me han hecho comprender que no sirven las religiones para nada, en todo caso para hacer lavados de cerebro, que es para lo que están. A Dios Padre, a la Madre Diosa y a su Hijo Jesús, se pueden encontrar en todas las cosas que nos rodean. Desde la sonrisa de un niño hasta el vuelo de una mariposa. De una puesta de sol, de una Luna plateada, de un cielo bordado de estrellas. De una bandada de palomas, y campos repletos de flores. Jesús me enseñó, que ese era el verdadero amor, el lenguaje más claro para llegar a Dios. La madre naturaleza viva, que es la clave de donde todas las criaturas venimos.

El pueblo de donde éramos, nunca más fuimos, no valía la pena malgastar energía, porque hablar por hablar no debe hacerse. Eso también me lo enseñó Jesús.

Hoy mi hijo es un hombre, y yo una mujer mayor. Daniel siempre ha seguido a Jesús conmigo, y lo ama más de lo que yo pudiera suponer.

Los padres de Juan nos ayudaron mucho, y desde aquí les mando un beso allí donde estén, pues, hace algunos años dejaron la tierra.

Mi hijo me adora, Juan, me sigue, y yo amo a los dos. Los tres vivimos para lo mismo. Es bellissimo amarse sin tener cadenas alrededor del cuello.

En uno de los pueblos, donde vamos con más frecuencia por las peticiones que tenemos, hay una chiquita que sigue a Jesús. Ella ama a Daniel. Los dos se corresponden. Mis

deseos son, que la familia se agrande, y me hagan abuela. Soy muy feliz cuando los veo juntos, se miran y se besan.

Juan y yo somos dos hermanos que se respetan, y se quieren hasta el último día de nuestras vidas, dando testimonio que Jesús existe, de que cuando llega a una persona, esta cambia totalmente. Su vida la puede dedicar a su familia, pero también a Jesús. Una cosa no tiene nada que ver con la otra, pueden hacerse muy bien estas dos funciones. Y sigo manteniendo, que no hace falta ejercer una religión, pues, la autentica se encuentra en la madre naturaleza, en la que nos ha creado a todos los seres vivos.

## LA PRUEBA DE ESTEBAN - 26-10-1987

Mi historia parece fácil de explicar, pero bastante difícil para mí de escribirla, y lo voy hacer lo mejor posible. Me llamo Esteban.

Hacía dos años que me había casado completamente enamorado de una mujer que para mí lo tenía todo, encanto, ternura y belleza. Teníamos una niña de un año, que colmaba nuestra existencia. En los dos años de matrimonio todo funcionaba a la perfección, algún contratiempo entre mi esposa y yo, algo normal en una pareja, que a los diez minutos de habernos discutido, estaba todo olvidado por parte de los dos.

Era un sábado por la tarde. Como era habitual en ese día, me quedaba en casa haciendo arreglos que siempre hacen falta. Ella y nuestra hija vinieron donde yo estaba, arreglando el enchufe del dormitorio, mi mujer me dijo.

- Voy al super, me llevo a la niña.
- ¿Vais a tardar mucho? - Pregunté
- Una hora como máximo ¿Quieres que vayamos después a algún sitio?
- Me gustaría que fuéramos a pasear - Respondí.

- De acuerdo.

Sonreí a las dos, y a mi hija, le guiñé un ojo.

Solo hacía diez minutos que se habían marchado, y sonó el timbre de la puerta. Pensé que serían ellas, algo habría olvidado mi mujer. Me dirigí a la puerta y la abrí. Delante esperaba un hombre alto, de cabellos grises. Era bien parecido, de aproximadamente cincuenta años.

- ¡Buenas tardes! - Dijo amablemente.

- ¡Hola! - Respondí, creyendo que se trataba de un representante - No necesitamos nada.

- No vengo a vender - Respondió - Deseo hablar contigo.

- ¿Conmigo dices? - Respondí extrañado - ¿Sobre qué?

- Vengo para hacerte un regalo - Respondió con una sonrisa.

Miré sus manos, y las traía vacías, no portaba maletín, ni nada que se le pareciera.

- ¿De qué se trata?

- Te traigo la palabra de Dios.

- ¡Ah! ¿Pertenece a una de esas religiones?

- No pertenezco a ninguna religión. Puesto, que la Palabra de Dios vive en libertad, para que los seres humanos se sientan también libres.

Lo invité a que entrara. No sabía realmente qué quería, pero sentí interés. Le ofrecí que se sentara. Los dos estábamos uno frente al otro. Él ocupaba un sillón, y yo, la punta del sofá.

Observaba sus manos largas y finas, no eran las de un trabajador. Su rostro también era transparente, de facciones finas, y atractivas.

Estuvimos unos instantes mirándonos. La conversación la empezó él, preguntándome.

- ¿Crees en Dios?

Tardé en responder. La pregunta me chocó.

- Creo en algo, en una fuerza superior, que nos dirige a todos, y que también hace, que el universo gire y haga su función. No sé si es Dios.

- ¿Entonces si crees?- Dijo - ¿Has tratado buscarlo?

Esa pregunta me hizo en qué pensar. Todavía no había respondido, me preguntó.

- ¿Tienes padres?

- Solo madre. Mi padre hace años que murió. Tengo esposa y una hija que hace la felicidad de los dos.

Después de responder a la pregunta, lo observé con detenimiento, y pensé - ¿Qué tiene que ver mi familia con Dios?

Advertí, que sabía en que estaba yo pensando, y me preguntó.

- ¿Hace tiempo que no ves a tu madre?

- ¿Qué tiene eso que ver? ¿Por qué lo preguntas?

- Rápidamente te voy a responder - Dijo - Si hiciera mucho tiempo que no ves a tu madre, y alguien te dijera, está en tal lugar ¿Tardarías en ir a verla?

- Iría lo más rápidamente posible.

- Lo mismo es ir al encuentro de Dios - Respondió - Dios te está esperando con los brazos abiertos.

- ¿Cómo lo sabes? ¿Te lo ha dicho Él? - Pregunté con ironía.

Afirmó. La ironía la dejé a un lado porque me di cuenta que hablaba en serio. Y formalicé mi postura.

- Me ha enviado para que te lo diga - Respondió.

- ¡Quien eres! ¿Cómo te llamas? - Pregunté algo nervioso.

- Tranquilízate, amigo Esteban. Mi nombre es Rafael.

- ¿Cómo sabes que me llamo Esteban?

- ¿No me lo has dicho antes?

- No - Respondí seguro - Mi nombre no lo he mencionado ¿Te lo ha dicho alguien que me conoce?

- Quien me lo ha dicho te conoce bien - Dijo con una sonrisa.

- ¿Has hablado abajo con mi mujer?

- Con Enriqueta, no. Ella no me ha visto.

- ¿Cómo es que también sabes el nombre de mi mujer?

Se encogió de hombros, sin perder la sonrisa.

- Amigo Esteban, estoy aquí para que encuentres a Dios. Para que tu alma sea plena en la tierra.

- ¿Por qué no has esperado a que estuviera aquí mi mujer?

- Por la razón que ella no querrá saber nada de todo esto.

- ¿Cómo lo sabes? No la conoces.

No respondió a mi pregunta.

- Dios vive dentro de cada persona - Dijo - El Dios que vive dentro de ti, tiene que estar triste. No le haces caso.

- El Dios que vive dentro de ti ¿Está contento? - Le devolví la pregunta. Me sentí molesto de que pensara sobre mi mujer de distinta manera.

- Muy contento - Respondió - Hago todo lo posible para complacerlo.

Lo miraba sin saber qué decirle. Se me ocurrió algo y le pregunté.

- ¿Qué religión practicas? ¡O quizá no tengas!

- Las religiones, se las han inventado los hombres de poder, para mandar en las demás personas. Dios el auténtico, no tiene religión. Lo que pide es, seguir los pasos de la Madre Naturaleza, aprender de ella, amar todas sus criaturas, porque todos somos parte de la creación. El universo nos pertenece, y todos los seres creados, pertenecemos al universo. Es lo que se conoce por la Estrella de David. Dos triángulos, dentro uno del otro. Uno mira hacia arriba, y el otro hacia abajo, el cielo y la tierra.

Parecía difícil entenderlo. Pero creo que lo capté.

- ¿Quieres decir que la religión es uno mismo?

- Sí. Has comprendido.

En esos instantes, se oyó la cerradura de la puerta. Era mi mujer, que volvía de hacer la compra, con mi hija de la mano, llegó hasta donde estábamos. Al ver a Rafael, preguntó.

- ¿Quién es?

Rafael se había puesto en pie, al hacer la entrada mi esposa en el salón. Yo me quedé parado, no sabía cómo lo iba a presentar, pero fue él quien dijo.

- Soy un amigo.

Mi mujer me echó una mirada algo desconcertada. Se limitó a preguntarme.

- ¿Os conocíais? ¿No me has hablado de él?

- Nos acabábamos de conocer, pero es cierto que somos amigos.

Mi mujer no hizo mucho caso. Se dirigió a la cocina para depositar la compra que acababa de hacer.

Mi hija se quedó en medio de mis piernas, observando a Rafael. Él le sonreía. También yo me levanté del asiento. Rafael hizo un ademán para marcharse.

- Me ha gustado todo lo que hemos hablado, y me gustaría que nos volviéramos a ver de nuevo, pero que sea en sábado. Es el día que tengo para mí.

Rafael me extendió su mano, y me dijo.

- Amigo Esteban, pronto nos volveremos a ver.

Lo acompañé hasta la puerta, con mi hija de la mano.

La semilla la había plantado dentro de mí. Me sentía otro hombre diferente. Volví al salón, mi mujer me esperaba sentada en un sillón, hojeando una revista de alimentación, que en el super le habían dado. Noté por el modo de mirarme, que estaba algo molesta. Le mencioné dar un paseo, como se había previsto. Accedió, pero era por la niña, para que saliera un rato. En dos horas que estuvimos fuera de

casa, no me dirigió la palabra. Yo estaba tan atolondrado de verla en esa posición, que no me atrevía a mencionarle nada. También para mí había sido una sorpresa, la visita de Rafael. Jamás me la hubiera esperado.

Esa noche, apenas puede dormir. Las palabras de Rafael, resonaban en mis oídos. Y cada vez que las oía, querían decir algo distinto.

Al día siguiente era domingo. Nos visitaron por la tarde un matrimonio amigos nuestros. Tomábamos unas copas, y algo para picar. Nuestra amistad empezó cuando éramos novios las dos parejas. Los observaba hablando con mi mujer, y me preguntaba - ¿Es posible que cada uno tenga a Dios viviendo dentro, y no lo sepa? Tampoco yo lo sabía, fue Rafael que me lo dijo. Más los seguía observando, y demostraban lo aburridos que eran. Solo se les ocurrían, tonterías para reírse. La pena que sentía, es que, yo era igual. Me estaba viendo en ellos, todo lo que decían o hacían era insulso, apagado y sin una base ¿Así era yo? - Pensé - Recordaba a Rafael. Su estilo refinado, su elegancia nata, su mirada sincera, y su sonrisa casi infantil. Sentía envidia, pero no envidia sana, eso no existe. Se tiene envidia de alguien o de algo y punto.

Esperé con impaciencia toda la semana, a que llegara el sábado. Era posible que Rafael viniese, pero no fue así. Me quedé triste, y pensativo - ¿Se habría olvidado de mí?

Desde la primera semana, mi mujer había puesto una barrera entre los dos. Como no le mencionaba nada sobre Rafael, llegó a pensar que le escondía algo, que yo quería ocultar. No le mencionaba nada, porque ella desde un principio no quiso saberlo. Me hubiese gustado hablarle de la conversación que los dos mantuvimos, pero ella se negó a escucharme.



El lunes a la noche, estando cenando, mi esposa empezó con los reproches, que hacía una semana iba acumulando. Yo deseaba que habláramos, para terminar con este mal entendido. Y sólo esperaba romper el hielo.

- ¿Qué ha ocurrido del hombre que conocí? - Empezó ella diciendo.

- ¿No soy el mismo? - Le pregunté.

- Demasiado sabes que no. Has perdido hasta la ilusión conmigo. No me deseas como antes.

- Puede que sea culpa tuya ¿no? - Dije, y luego me arrepentí. Era cierto que no era el mismo.

- Dime ¿Qué tengo que hacer, para que seas como antes?

- No dejar de hablarme. Cortaste conmigo hace dos sábados.

- ¿De qué conoces a ese tal Rafael? - Preguntó mirándome de frente.

- ¿Tanto te ha afectado que viniese a casa?

- Sí, porque todavía no sé para que ha venido. Y no me digas que sois amigos de toda la vida. Es posible que él tenga veinticinco años más que tú.

Quería decirle la verdad, pero no me iba a creer.

- Vino para hablarme de Dios.

- ¿Es uno de esas religiones raras que hay? No quiero saber nada de eso, sin religión se vive mejor.

- No se trata de religión. Rafael, no practica ninguna.

- ¡Entonces! ¿Cómo es que dices que ha venido para hablarte de Dios? ¡Sin religión! ¿De qué Dios puede hablar? ¡Seguro que ha venido a burlarse de ti!

Me enfadé, y estuve brusco con ella.

- ¡Te prohíbo que pienses de esa manera! ¡No sé quien es Rafael, sólo lo he visto una vez, y de lo que estoy seguro, es que es, un representante de Dios!

Me levanté de la mesa. No quería seguir esa conversación absurda, que no conducía a ninguna parte. Y

que tanto mi esposa como yo, nos habíamos enfrentado. En los tres años que llevábamos de estar casados, era la primera que nos enfadamos tan fuerte. La semana transcurrió sin apenas dirigirnos la palabra. Ella se había percatado de que al llegar el sábado, estaba dentro de lo posible que Rafael viniese. Y preparó para la tarde salir de compras a un gran centro.

Estuvimos toda la tarde con nuestra hija, de tienda en tienda. Hasta que se hizo tarde, y volvimos a casa. Una vecina, vino a decirnos, que a primera hora de la tarde había estado llamando a nuestra puerta, un señor alto, delgado y de cabellos grises. Lo primero que mi mujer hizo fue, mirarme. Sonreía sin decirme nada. Pero, a partir de ese día, empezó a hacerme la guerra, y la vida imposible.

Algo me decía, que Rafael vendría al sábado siguiente, y así fue. No podía recibirlo en casa, mi mujer no lo iba a permitir, así es que, lo esperé en la calle. No tardé en verlo aparecer. Se quedó delante de mí, y rápidamente nos saludamos. Sentía deseos de hablar con él. Era como una medicina que necesitaba. Pero lo puse al corriente de mi situación.

Nos dirigimos a unos jardines que había cerca de la casa. Y elegimos un banco para sentarnos. La conversación la empezó Rafael.

- Amigo Esteban ¿Te sientes igual o diferente del último día que nos vimos?

- Algo ha ocurrido - Respondí - No soy la misma persona. Incluso, siento algo de miedo por lo que pueda suceder en mi matrimonio, presiento que mi mujer me quiere dejar.

- ¿Lo presientes? ¿Qué te hace pensar en eso?

- La actitud de ella hacia mí. Apenas me habla, ni me mira. Eso me desconcierta.

- ¿Tienes miedo a perderla?

- Sí. No sé que haría sin ella. Me casé enamorado, la quiero y tenemos una hija, que es nuestra delicia.

- ¿Qué harías si tu mujer te dejara?

Me quedé sin saber qué decir. No podía tragar saliva.

- La quieres mucho ¿verdad? - Me preguntó con la voz aterciopelada.

- Mucho, es el amor de mi vida. No he amado a otra mujer, sólo a ella.

- Me gusta que así sea. El amor, es lo más extraordinario que hay, y lo más bello ¿Ella no quiere saber nada sobre Dios?

- No. Ni siquiera oír mencionar su nombre.

- Amigo Esteban. Si así lo deseas puedes volver a ser como antes. Pero no sentirás dentro de ti, lo que sientes ahora, y que más adelante, sentirás más fuerte. Porque el amor que estás percibiendo, es el principio.

Me horrorizaba la idea de volver a ser cómo era antes.

- No quiero retroceder. Necesito sentir siempre, lo que siento ahora. Es igual, a una llama que me quema por dentro, y que me hace ver la luz.

- Piensas mucho en tu hija ¿Verdad?

- Muchísimo. Es adoración lo que siento por ella, pero no quitará que siga siendo cómo soy ahora.

Rafael posó su mano izquierda por mi hombro derecho.

- Amigo Esteban, eres inteligente. Dios te ha dotado de ese Don. Te quisiera preguntar ahora ¿Estás decidido a seguir a Dios? ¿Y de recorrer sus senderos?

- Quiero sentir a Dios, igual que lo sientes tú. El día que viniste a mi casa, sentí envidia de ti, y pensé que eres algo fuera de lo normal. Pues, para hablar de Dios como tú lo haces, hay que estar muy cerca de Él.

Rafael sonrió. Y seguidamente dijo.

- Es ahora que empiezas a sentir algo por Dios. Pero recuerda. La vida de sus seguidores, no es nada fácil, porque

se deben a Él. Me estoy refiriendo, a los placeres que la vida os brinda. Debes pensar, que casi todo lo que se presenta, es para olvidar al creador. Tienes que ser muy fuerte para saber dejar todo lo que no sea bueno para el espíritu.

Me di cuenta, que Rafael sabía todo sobre mi, y yo no sabía nada sobre él. Era un hombre fascinante y misterioso. Y para saber algo más de Él, le pregunté.

- ¿Tienes esposa?

Antes de responderme, me miró con curiosidad.

- No he querido casarme. Amo mucho mi libertad. Vuelo de un lado a otro.

- ¿Vuelas? - Le pregunté con admiración.

- Es un decir - Respondió con una sonrisa.

- Es que no me extrañaría - Dije.

- ¿Crees, que podría volar?

- ¿Para Dios hay algo difícil?

- Nada - Respondió, acariciando mi cara con su mirada - También tú podrías volar.

Lancé una carcajada al aire. Rafael era simpático. Quería preguntarle algo más personal.

- ¿Has tenido alguna vez tentaciones?

- Muchas, amigo Esteban, más de lo que la vida puede brindar.

- ¿Caíste en alguna?

- Soy muy fuerte, es por esta razón que hago este trabajo.

- ¿Ni siquiera una muy pequeña? ¿Quizá, un beso?

Rafael negaba mientras sonreía.

- Perdóname, que te haya hecho esta pregunta.

- Esta bien que las hagas. El hombre inteligente, siempre pregunta.

Le hable más en serio, y le dije.

- A partir de ahora, dejaré todos los placeres que se me presenten. Quiero servir a Dios como tú lo haces.

- Amigo Esteban, no vayas tan aprisa. Pues, es posible que pudieras caer. Al hablarte de placeres, me refería a los sitios que no es necesario asistir. Pero si te apetece ver una buena película, la vas a ver o, asistir a un baile con tu esposa. Bailar, es bueno para el alma. En el cosmos nada está parado, todo gira con una gran rapidez.

Rafael me estaba enseñando lo que tenía que hacer para no tropezar y caerme. Estaba seguro de querer seguir avanzando ¿Cómo podía saberlo?

- Rafael ¿Cómo sabré que me estoy acercando a Dios?

- Buena pregunta - Dijo con satisfacción - Cuando empieces a amar a Dios. Quiere decir que estás despertando. Es como cuando nos frotamos los ojos recién levantados de dormir. Nuestro deseo es el de poder ver mejor, todo lo que hay frente a nosotros. Seguidamente, sentirás la llama ardiente dentro de tu pecho. Es el fuego Divino que vive en ti. Entonces, es cuando estarás preparado para hablar de Dios, y de su creación.

Rafael hizo una pausa. Yo me paré a pensar en todo lo que me estaba enseñando. No podía perderme nada. El tiempo que Rafael estaría enseñándome, no lo sabía.

Había anochecido, y seguíamos sentados en el banco, hablando del mundo espiritual.

- Amigo Esteban, tienes que marcharte a tu casa, para que no tengas conflictos, con tu mujer.

- De todas maneras, los voy a tener - Respondí.

Nos levantamos del banco, y fuimos andando a paso lento hasta la cancela de donde yo vivía. Levanté la vista, y vi a mi mujer en el balcón. Nos miraba con dureza. Me despedí de Rafael, esperando verlo muy pronto.

Al entrar en el piso. Mi mujer no quiso dirigirme la palabra. Agarró a la niña de la mano, y se encerraron en el dormitorio. Me dirigí a la puerta, y llamé con los nudillos

para que me abriera. Al no tener respuestas, varias veces de intentarlo, no insistí más.

Al día siguiente era domingo. Comiendo al mediodía, le dije a mi mujer.

- Dios, para mí lo es todo. Trata de razonar sin ponerme mala cara.

Ella, levantó la vista del plato, y mirándome de frente, respondió.

- ¿Significa Dios para ti, más que tu hija y que yo? Ese tal Rafael es el causante de nuestras disputas. Ojalá no hubiese venido jamás a esta casa.

- No digas eso. Estás totalmente equivocada. Gracias a Él, me siento distinto, no soy el hombre que antes era.

Mi mujer me cortó, para aludir con enfado.

- ¡Sí, desde luego! Ni siquiera yo te conozco, eres para mí, un extraño, y no quiero relaciones, con alguien que no conozco.

Se levantó de la mesa, y se dirigió al cuarto de baño sollozando. Miré a mi hija que se hallaba frente a mí, comiendo, y sentí pena por ella. Era pequeña para presenciar estas escenas.

Al llegar la tarde, mi mujer estaba preparada para salir con nuestra hija, y le pregunté.

- ¿Sales?

- Voy a ver a mis padres - Respondió de mala gana.

Pasé toda la tarde meditando. No comprendía todavía qué me estaba sucediendo. A quien yo veía extraña era a mi mujer. La quería lo mismo, no sé que le pudo pasar por la cabeza. Saqué en conclusión que si ella me amaba, no hubiese puesto barreras entre ella y yo. Tres años casados, y aún no nos conocíamos. Yo estaba desesperado, y aunque la amaba hasta lo más profundo, tenía dudas de sus sentimientos hacia mí.

Esa tarde a solas, hubo una explosión en mi interior. Noté como mi pecho se ensanchaba, mi garganta cogía volumen, y la voz salió de mi boca lanzando un grito.

- ¡Dios, donde estás!

Mantuve los ojos cerrados, y me tranquilicé, hasta que obtuve la Paz absoluta. La mente la tenía puesta en Dios. De esta manera, esperé a que volviera mi mujer y mi hija. Al verla entrar por la puerta, noté, de que no era la misma.

- ¡Esteban, cariño! - Dijo llamándome.

Me quedé sorprendido a tal cambio.

- Adela, ¿Estás bien? - Fue lo primero que se me ocurrió decirle. Era fantástico que hubiese venido a buenas ¿Sería posible que Dios hubiese obrado un milagro? A partir de ese día estuvo cariñosa conmigo, y volvimos a estar como antes. Nuestra vida era otra vez normal. De sobras sabía que yo la amaba, y aunque siguiera las huellas de Dios, ella y mi hija, mi corazón lo estarían ocupando siempre.

Todos los sábados, recibía la visita de Rafael, pero no en mi casa. Estábamos mejor y más tranquilos, sentados en un banco del jardín. Allí Rafael me ponía al corriente de los mandatos de Dios. Yo me sentía el hombre más feliz de la tierra. Hasta que un sábado Rafael me anunció, que era el último que venía, puesto que su trabajo conmigo ya lo había hecho. Y tenía que ir a otro lugar que lo esperaban. Asumí su decisión, puesto que sabía lo que hacía. Dejó en mi corazón, un lugar muy grande, infinitamente inmenso.

Conocí a un matrimonio, de cincuenta años aproximadamente. Los dos estaban interesados en buscar a Dios. Trabajé con ellos mucho, enseñándoles, lo que Rafael me enseñó.

Un domingo por la mañana los fui a visitar. Ella estaba muy contenta.

- Soy inmensamente feliz - Me dijo con alegría.

- ¿Quieres decirme que has encontrado a Dios?

- Sí, Esteban. Gracias a ti vuelvo a nacer. Antes de conocerte mi marido y yo, estábamos los dos derrumbados, él había perdido el trabajo. Yo por otro lado había enfermado, los médicos no daban con lo que tenía. Y ahora, gracias a ti, y por supuesto a Dios, mi marido ha vuelto a trabajar en otra empresa. Y yo, he recuperado mi salud.

- Marieta, eso se lo debes a Dios, no a mí, yo solo fui el instrumento que hizo sonar la campana, pero el merito es vuestro. Habéis trabajado tu marido y tú, obteniendo los beneficios que habíais perdido.

Por las mejillas de Marieta resbalaban dos lágrimas. Cogió mi mano entre las suyas, y me dijo.

- Dios me ha hablado, he oído su voz aterciopelada. Era la voz de su hijo Jesús. Me estaba reconfortando dándome



ánimos, para que siguiéramos adelante. Oí que me dijo - El Padre Eterno te ama, no dejes de buscarlo, ayudando a otros hijos a que lo conozcan, en todo el universo. Pues, Dios no es una religión, Él no sabe de religiones, y sus conocimientos los transmite a personas que pueden expresar su fuerza, su inteligencia y su sabiduría, hablando de su creación, que es el cielo y la tierra. Y si los seres humanos buscamos en la naturaleza todo lo que tiene vida, estamos viviendo con Dios.

Los dos seguíamos con las manos cogidas. Noté que las mías estaban frías. Era por la emoción que invadía todo mi ser ¡Qué suerte tenía Marieta, de haber oído la voz de Jesús! Hacía mucho más tiempo que yo caminaba en este sendero, y no sentí en ningún momento la voz de Jesucristo que me dijera lo más mínimo. No me importaba, aunque me hubiese gustado, pero si no sucedió, por alguna razón sería. Lo único que sentía era que, mi mujer no participara en tan maravillosa búsqueda.

Hacía seis años que yo hablaba de Dios y de su Reino. Cómo trabajaba de lunes a viernes. Los sábados y los domingos, los dedicaba para hablar de Dios. Ponía en la mente de sus seguidores, quien estaba preparado para que lo buscara. Eran personas maravillosas, que me iba encontrando, tanto en un parque, que en el supermercado. Entablábamos una conversación, y pronto notaba si esa persona estaba interesada en la búsqueda de Dios, nos hacíamos antes amigos, y más tarde surgía la conversación relacionada con el mundo espiritual. Era de esa manera que iba haciendo muchos amigos.

Mientras tanto mi mujer salía los sábados y los domingos con nuestra hija. Eso era lo que yo creía. Una amiga de ella, me vino a decir que a la niña la dejaba con ella, y se marchaba a bailar con un grupo de amigos. Mi decepción fue

enorme. En mis oídos parecía oír la voz de mi mujer reprochándome - Cómo no sales conmigo, voy a divertirme a discotecas - Creí que me volvía loco de celos. Agarré a mi hija y la senté en mi regazo, besé su carita de manzana, y pasé a preguntarle.

- ¿A dónde vas los sábados y domingos con mamá?

- A casa de Maribel - Respondió mi hija, mientras acariciaba mi cara con sus manecitas.

- ¿Qué hace mamá en casa de Maribel?

- Nada, ella se va, y yo me quedo jugando al parchís con Maribel. Tengo ocho años, y juego bien, casi siempre le gano.

Los celos se iban apoderando cada vez más de mí. Me horrorizaba solo pensar que mi mujer pudiese tener otro hombre.

Hablé con mi mujer, y le dije.

- Los domingos los voy a dedicar para ti, y nuestra hija. Este domingo la vamos a llevar al cine. Hacen una película de dibujos animados, seguro que le gustara.

Estuvimos viendo una película infantil. Las aventuras de Lasi. Mi hija estuvo todo el rato que duró la película, pendiente de la perra que hacía el encanto de vivir en una familia con niños, y los sacaba de lugares peligrosos, dando su vida por quien la quería. La sensibilidad de mi hija era estremecedora, pasó casi toda la película llorando. Entre su madre y yo la consolábamos, pero, las lágrimas y suspiros nos enternecían.

De regreso a casa, mi mujer se mostró mal humorada conmigo. Yo desconocía la causa y le pregunté.

- Adela ¿Qué te ocurre? ¿Sigues enfadada conmigo?

- ¡Sí mucho! - Respondió de mala manera - No me haces caso, y voy a tomar una decisión.

- ¿En qué te he fallado? ¿No querías que pasáramos los fines de semana juntos?

- Eso fue lo que hablamos. Sólo quieres que salgamos con la niña por las tardes, y de mí no te ocupas.

- ¿Qué quieres decir? - Le pregunté algo confuso.

- Quiero que salgamos tú y yo por las noches, que vayamos a tomar copas y a bailar. Me has tomado por una monja ¡Quiero divertirme!

- De acuerdo - Respondí para tranquilizarla - El sábado próximo saldremos por la noche e iremos a bailar, y nos recogeremos por la mañana ¿Te parece bien?

- Eso me gusta más - Dijo - Más contenta.

Me daba miedo de entrar en este juego, pero lo hacía para salvar mi matrimonio. Quería a mí mujer con delirio, y por nada del mundo la quería perder. Incluso, hacía seis años que no bebía alcohol, y me daba igual volver a beber.

Los amigos que tenía y que eran muchos, los que inicié en el mundo de Dios. No iba a verlos, ni tan siquiera los llamaba por teléfono, era como si los hubiese olvidado. Cometí un gran error.

Los sábados a la noche, después de cenar, íbamos a casa de los padres de mi mujer para dejar a nuestra hija, y seguidamente nos marchábamos a la discoteca que mi mujer había decidido que fuéramos.

Jamás puede imaginar, que todo este plan montado por ella, era una trampa que del cielo me habían puesto. Tenía razón Rafael al advertirme la caída que podía sufrir si iba demasiado aprisa, y no ponía atención, a donde pisaba.

Mis buenos amigos se preocuparon por mí. Hacía más de dos meses que no iba a verlos. Como les tenía dicho que no me llamaran a casa, por si era mi mujer quien cogía el teléfono. Ella no los soportaba, era como una alergia que le daba, de tanta manía que les había cogido.

Una noche se presentaron en mi casa, el primer matrimonio que hice, y un amigo. Necesitaban saber cómo me encontraba. Fue mi mujer que les abrió la puerta. Ella no los conocía, pero suponía que se trataba de ellos. Les puso mala cara al preguntar por mí. Ella les habló de mala manera.

- ¡Váyanse de aquí! Dejen a mi marido tranquilo. Tiene esposa y una hija, me casé con él, porque lo quería ¡Y ahora ustedes lo están alejando de su familia! ¡Déjenos vivir tranquilos por favor!

- Señora no queremos molestarla - Dijo Marieta - sólo buscamos hablar con Esteban, saber que está bien.

- ¡Ya les he dicho que está bien, y que nos dejen en paz, queremos vivir nuestra vida! Hagan el favor de marcharse, y no vuelvan más.

Estaba dentro de casa oyendo la conversación pero mi cobardía impidió que saliera a dar la cara. Esperé a que se fueran, y al día siguiente, desde el trabajo, los llamé por teléfono. Y les comuniqué, que era feliz con mi esposa.

Ahora es, cuando me doy cuenta de todo. Antes de que mis amigos conocieran a Dios, yo les ayudé en todo, y ahora, necesitaba yo, ayuda de ellos. Creí que dejando los fines de semana para mi mujer la tendría a mi lado, pero estaba equivocado. Ella, se iba alejando cada vez más de mí, y la iba perdiendo. Llevaba diez años haciendo lo que mi mujer quería, me había apartado completamente del mundo espiritual, y sólo vivía lo mundano.

Un sábado por la noche, estábamos en una discoteca, con un matrimonio amigos nuestros. Bailábamos las dos parejas un baile movido dentro de la pista, y llevábamos unas copas de más. Me fijé en una pareja que bailaban cerca de nosotros, y me pareció creer, y estar seguro, de que él, miraba a mi mujer. Los celos me encendieron. Solté a mi

mujer, y me fui hacia él. Lo separé de su novia o mujer, y empecé a pegarle empujones, diciéndole insultos de todas clases. Mi amigo vino a separarnos, y le pidió disculpas a este chico. Diciéndole que había bebido, y no sabía controlarme. No ocurrió nada más, el chico acepto las disculpas. Mi mujer se enfureció conmigo, de tal manera que me dijo enfurecida.

- ¡Si no sabes beber, no bebas, eres más bruto que un arado!  
¿Crees que si yo tuviera un amante lo iba a traer aquí?

Con las copas que tenía de más, y con la música alta, me acaloré. Y le respondí gritándole.

- ¿Me estás insinuando, que ese es tu amante?

Fui otra vez hacia él. Esta vez quería acabar con su vida. Los celos me habían enloquecido.

Tuvieron que intervenir dos camareros, para reducirme. Y seguidamente, nos echaron de la discoteca. Realmente, no sabía lo que hacía. Veía a mi mujer como a una diosa, y la mujer más bella del mundo. Notó lo que sentía hacia ella, más amor que nunca. La amaba sin límites, y era por eso, que me tenía seguro a su lado. No entiendo, cómo pude cambiar de la noche a la mañana.

Mi hija a los diez años iba sola al colegio. Muchos niños a su edad lo hacían.

Era al mediodía, recibí una llamada de teléfono de mi mujer. La voz, la tenía cambiada, no le salían las palabras de la garganta. Sólo me dijo - ¡Ven, rápidamente a casa! - Lo dejé todo, y cuando llegué a mi casa, encontré a mi mujer doblada en llanto. Su familia y la mía estaban con ella. Todos lloraban. Mi mujer se abrazó a mí, y cogida a mi cuerpo se desmayó.

- ¿Qué está ocurriendo? - Pregunté alarmado.

Mi madre y mi suegra se acercaron, y llorando se abrazaron a mí. Fue mi madre quien me anunció.

- Ha ocurrido una desgracia.

Mientras que sostenía a mi mujer entre los brazos. A mi mente vino mi hija.

- ¿Dónde está mi hija? - Pregunté desesperado.

Mi mujer se había agarrado a mi cuello, y con su cara pagada a la mía, me dijo entre sollozos.

- La ha atropellado un coche. Se ha llevado su vida, y la nuestra también.

Al oír estas palabras, me revelé contra Dios. Y lancé un grito desgarrado, diciendo delante de todos.

- ¡Dios! ¿Por qué me has hecho esto?

Hacía más de dos años que no oía la voz de Dios. Y en ese instante, oí cómo me respondía.

- Me preguntas ¿Por qué? ¿No amas más al mundo que a mí? Pues quédate con el mundo. Todo esto es lo que ocurre, cuando se vive fuera de mí.

Al oír esto, me quedé con los ojos fijos en el cielo. No los movía de esta postura. Mis familiares temieron por mi vida. Recuperé la normalidad. Miré a mi mujer, y le comuniqué.

- Hemos recibido un castigo. Yo más que tú, porque soy, el culpable de todo.

Hacía una semana que se había enterrado a mi hija. Yo no sabía que era lo que sentía por Dios o por mi mujer, estaba destrozado. No quería ver a nadie. La ansiedad, se apoderó de mí, y me atormentaba yo mismo, reprochándome que nada de eso hubiera sucedido, si no hubiese dejado de lado a Dios. Él contaba conmigo, para que otras personas, lo llegaran a encontrar.

Un sábado decidí ir a ver a mis amigos, y contarles la tragedia que había sucedido en mi casa.

Después de dos meses que mi hija no estaba ya con nosotros, lo mejor era, mantener el contacto, con mis mejores amigos.

Al verme, se alegraron. Pero notaron en mí, que algo grave me estaba sucediendo. Había adelgazado, y mi semblante, no tenía color. Marieta, que todo o casi todo lo captaba, vino a mí para darme ánimos, y me preguntó, poniéndose en lo peor.

- Esteban ¿Qué te ocurre? Sabes, que nos lo puedes contar todo.

No resistí a sus palabras, y me abracé a ella llorando. Y entre sollozos le respondí.

- Mi hija ya no está con nosotros. Hace dos meses, un coche la atropelló, y murió en el acto.

Marieta se abrazó a mi pecho, y juntos los dos lloramos, todos mis amigos sentían mucho la tragedia, y se unieron a mí, dándome ánimos para seguir adelante.

Llegué a mi casa, con el tiempo justo de cenar con mi mujer. Ella estaba tan destrozada como yo, y apenas hablábamos. Estoy seguro, que también se sentía culpable, y su postura era la de callar.

Acabé de cenar, y ayudé a mi mujer a recoger la mesa. Seguidamente, entré en el dormitorio de mi hija cerrando la puerta. Cada noche lo hacía, desde que ella nos dejó. Esa noche, me senté en el suelo, en postura de meditación. Trataba de buscar a Dios, lo necesitaba cómo el agua para beber. Pasé toda la noche sentado en el suelo, llamando a Dios.

Al día siguiente era domingo, salí del dormitorio, para que mi mujer viera de qué estaba bien, y no se preocupara por mí. Desayuné con ella, y volví de nuevo al dormitorio, advirtiéndole que no entrara para nada, no quería ser molestado. Adela se había resignado al sufrimiento que el

destino nos había marcado. Ella sabía al igual que yo, que para los dos era el fin de nuestro amor, e incluso de nuestra amistad.

En todo el día del domingo sentí nada. Trataba de reconciliarme con Dios, pero todo era en vano. Me daba cuenta, que era difícil de encontrarlo, y llegué a pensar, que Dios, no quería nada conmigo, que me había abandonado. Lloré amargamente, hasta quedarme sin lágrimas. Los ojos los tenía secos, me escocían de tanto llorar.

Al sábado siguiente, fui a ver a mis amigos. Sentí envidia al verlos lo felices que eran, y me propuse buscar a Dios, y no parar hasta encontrarlo.

Aunque no podía conectar con Dios, le daba las gracias por haberme dado unos amigos tan humildes y buenos. También pensaba mucho en Rafael ¡Cuanto hubiese dado por tenerlo a mi lado, la carga habría sido menos pesada! ¿A dónde estaría Rafael? También yo lo necesitaba en esos momentos tan desesperados por los que estaba pasando.

Una noche al regresar del trabajo mi mujer me dijo.

- Esteban, tenemos que hablar.

Estaba sentada, en el sofá, y yo en el sillón, esperando a que hablara. Aunque, me imaginaba de qué se trataba.

- Te escucho - Le respondí.

- He pensado, que tenemos que separarnos, aunque sea por una temporada. Nuestra relación, no puede seguir como está.

- Estoy de acuerdo contigo, los dos lo estamos pasando muy mal ¿Has pensarlo cómo hacerlo?

- He hablado con mis padres de nuestra relación, y he decidido, irme a vivir con ellos, necesito hablar, y que me entiendan. Que me den cariño, y que alguien, me hable. También de volver a rehacer mi vida.

- ¿Has conocido a alguien? - Le pregunté, pero sólo por curiosidad.



- No, pero espero pronto encontrarlo. Todavía soy joven, incluso puedo tener más hijos.
- Me parece bien pensado ¿Has encontrado trabajo?
- Estoy en ello. Quiero trabajar, y sentirme libre.
- Te pasaré una cantidad de dinero, hasta que encuentres un trabajo.
- No esperaba menos de ti - Dijo con lágrimas.

Adela fue honesta. Pedía su libertad, y por supuesto, la iba a tener. Y una cantidad de dinero importante que le daría, por renunciar al piso, no quería nada.

Me puse a recordar meses atrás, lo mucho que amaba a mi mujer. Ahora había yo cambiado mucho, mi mujer, no me interesaba nada, y deseaba, que fuera feliz con otro hombre.

¿Por qué Dios, me probó tan duramente?

Seguía pensando en mi amigo Rafael. Era muy difícil para mí seguir adelante sólo. Aunque tenía a mis amigos, pero era yo, quién me lo tenía que trabajar.

Mi mujer, se había ido a vivir a casa de sus padres. Nos despedimos dándonos un beso en la mejilla, y deseándonos suerte.

Un sábado por la noche, dejé a mis amigos para irme a mi casa. En la cama, pensaba, en la felicidad que había en sus rostros. Las palabras tan sabias que utilizaban cuando hablaban, la inocencia que había en sus miradas. Lloraba de rabia, de pena y de dolor. De pronto, mi cuerpo, se encendió, mi mente reaccionó y grité ensanchando los pulmones - ¿Qué he hecho conmigo? ¿Dónde está mi felicidad, la que antes tenía? ¿Y la paz que transmitía a los demás? ¡Dios! ¿Dónde estás? ¿Por qué me has abandonado de esta manera? ¿No te das cuenta que te busco sin descanso? ¿Por qué me tratas así?

Rompí en sollozos. El corazón lo tenía destrozado. Buscaba con ansiedad, un trozo de amor de Dios, lo deseaba con todas mis fuerzas, y seguí hablando con Él.

- ¡Para de hacerme sufrir, de la manera que lo estás haciendo! ¿No te doy pena?

Al día siguiente era domingo, fui a ver a mis amigos. Me pidieron, que me quedara a comer con ellos. Y estando en la mesa, Marieta me anunció rebosante de alegría.

- Hoy será un gran día para ti.

Mi alegría, se plantó en mi rostro, no podía esconderlo.

- ¿Qué tengo que hacer? - Pregunté.

- Hay alguien importante, que tiene que encontrar a Dios, y el elegido de ir a su encuentro, eres tú, amigo Esteban.

Me quedé sorprendido, no estaba preparado para iniciar a otra persona al camino espiritual. Y de esa manera, lo transmití, a mis amigos.

- No soy el adecuado en estos momentos para enseñar a nadie, los designios de Dios. José está más preparado que yo, u otro amigo entre tantos que somos. ¿Por qué habéis pensado en mí?

Se miraron todos. Marieta, era una mujer con mucho juicio. No había sido ella quién decidió estar en ese puesto superior. La eligieron entre todos, con voto. Su capacidad para escuchar y entender a los demás, era grandiosa. Su paciencia y constancia, era de premiar. Era por eso, que estaba en ese lugar.

- Amigo Esteban - Dijo Marieta dirigiéndose a mí - Ahora, es el momento para que inicies a alguien que no conoce a Dios, a que lo conozca. Los momentos son todos buenos, cuando se trata de hablar, de la creación.

- ¿Sabéis de quién se trata esta vez? - Pregunté, decidido a realizar este trabajo espiritual.

- Se llama Juan - Dijo Marieta - Es un hombre adinerado, y dueño, de una cadena importante de hoteles. No sabe, en que ocupar su tiempo libre, y lo emplea en jugar al tenis y al ping-pong. Necesita que le hablen de Dios, y de toda su obra. Todos nosotros sabemos, que a Dios, no le gusta los perezosos, no los soporta. Es por esa razón, que tiene, que conocer, al Dios, de toda la Creación.

Esta vez lo tenía más difícil que nunca. Sentía miedo, mucho miedo. Me puse a pensar en el momento que me presentara, a este nuevo amigo ¿Cómo lo haría? Seguro que me pondría a temblar, sin saber, qué decir, puesto, que hacía poco tiempo que había sucedido el accidente de mi hija. En mi mente las ideas no estaban fijas, después de pasar por momentos terroríficos, no me sentía capaz de ayudar a nadie, para que buscara a Dios. Puesto que yo, todavía, no lo había encontrado. Qué difícil tarea la que me habían dado.

A media mañana del domingo. Me presenté en la dirección que Marieta me entregó. Al llegar, me encontré con un barrio lujoso, no me sorprendió, puesto, que se trataba de un hombre rico. Era la primera vez, que iba a tratar con uno, para hablarle del tema divino.

La calle y el número daban a una espléndida casa, de fachada lujosa, de tres pisos. Llamé al timbre, y tardó unos minutos en venir a abrirme una señora de cincuenta años aproximadamente, vestía uniforme negro, y un delantalito blanco.

- ¿Qué deseas? - Me preguntó con amabilidad.

- ¿Está el señor Juan Casandra?

- ¿Tiene usted una cita concertada con él?

- No, pero desearía verlo - Respondí con decisión.

Ella se quedó unos instantes observándome de la cabeza a los pies. Seguidamente dijo.

- Está jugando al tenis, y ahora no es el momento de molestarlo.

- ¿Se molestaría si le dijera que hay un amigo que quiere hablar con él?

- ¡Ah! No me había dicho que son ustedes amigos ¿Cómo se llama usted? - Preguntó ella.

- Esteban - Respondí.

- Entre por favor, voy a decírselo.

Me acompañó hasta un salón, decorado con gusto, y me invitó, a que me sentara en uno de los seis sillones de terciopelo amarillo. Mientras esperaba, mi mente no paraba de pensar en tantas cosas como tenía que decirle. Y en mi interior sentía, o quizá fuera la voz de Dios, que me decía - ¡No tengas miedo, te va a escuchar!

A los quince o veinte minutos, la puerta del salón se abrió. Delante del umbral había la figura de un hombre de unos treinta años, vestido con la indumentaria, que el tenis requiere. Me puse en pie, y esperé a que él, se acercara. Según lo hacía, me miraba sorprendido. Se paró a un metro de mí, y sin dejar de mirarme, me preguntó.

- ¿Tú y yo, nos conocemos?

- No.

- Entonces ¿Por qué le has dicho a la sirvienta que somos amigos? No te conozco de nada.

- Necesito hablar contigo - Respondí.

- ¡Ah! ¿Buscas trabajo? Mañana lunes te diriges al jefe de personal de uno de mis hoteles, y dejas tu currículum.

Yo trataba de entrar ya, directamente a la cuestión. Pues, Juan, me estaba señalando la salida, aunque correctamente.

- Soy representante - Fue lo primero que se me vino a la mente, para empezar.

- Tampoco es a mí, a quien tienes que ver. En cada hotel hay un jefe de ventas. Es a él, a quién tienes que ir.

- Soy representante de Dios - Dijo respirando profundamente.

- ¿De quién has dicho que eres representante? - Preguntó algo confuso.

- De Dios - Respondí, totalmente relajado.

- ¿Dios se dedica ahora a vender? - Dijo lanzando una carajada.

- Dios, no vende nada. Sólo quiere que se le conozca. Esta vez, te ha elegido a ti.

En la cara de Juan, sólo le quedaba una leve sonrisa, que poco a poco se fue disipando. Ahora me observaba con curiosidad.

- ¿Dices que Dios me ha elegido a mí? ¿Para qué? ¿Eres de alguna religión?

- No tengo ninguna. Sólo el poder que Dios me otorga, para hablar en su nombre.

- Eres un tipo extraño ¿Dios te ha dicho, que me ha elegido?

- ¿Haces algo para servirlo? - Contesté con acierto.

- ¿A que te refieres? ¿Me preguntas si doy limosnas?

- Puedes darlas, es bueno para el alma. También puedes ayudar a muchas personas, que tienen hambre de Dios, para que las alimentes.

Juan no se esperaba que le dijera esto. Se quedó parado con sus pupilas puestas en las mías.

- ¿Cómo te llamas? - Me preguntó.

- Esteban.

- Mi nombre es Juan, dijo.

- Sí, lo sabía. Es a ti a quién busco.

- Qué raro me resulta todo - Dijo con una sonrisa.

- ¿Raro dices? ¿Para mí y mis amigos no lo es?

- ¿Tus amigos? ¿Sois muchos? - Preguntó interesado.

- Sí, bastantes. Ahora no sabría decirte el número.

- ¿Quién os ha hablado de mí? ¿Quién te manda?

- Marieta.

- ¿Quién es?

- Marieta es algo así como el cerebro de todos. Dios pone en las mentes privilegiadas, lo que está bien y mal. Quien debe hablar de su obra, y quién no.

Hacía un rato que estábamos hablando de pie. Juan me invitó a que me sentara. Los dos lo hicimos al mismo tiempo, uno enfrente del otro, en sillones. Me examinaba con curiosidad. Busca la pregunta adecuada que me iba a hacer.

- Según tu Dios, ha puesto en la mente de Marieta ¿Qué vengas a hablarme de Él?

- Exacto - Dije al mismo tiempo que afirmaba - Pero también Dios ha entrado en la mente de otras personas, para decirles, que tú, eres un hijo predilecto.

Juan, algo incrédulo, se echó a reír.

- ¿No será porque conocen la cadena de hoteles que tengo? ¿Buscáis dinero?

Lo miré fijamente y negué.

- Amigo Juan, nadie te va a pedir ni un céntimo. Todos tenemos nuestro trabajo, y vivimos de ello. Lo único que tienes que hacer, y eso es si tú quieres, es hablar de la Creación de Dios, para que todos sus hijos, no lo olviden.

Juan se echó hacia atrás del asiento. Me miraba fijamente, como si quisiera entrar en mi mente, y descubrir, que era lo que había dentro.

- ¿Sabes que eres fantástico? - Dijo sonriendo - Tú debes saber mucho sobre Dios ¿No es cierto?

No sabía que le iba a responderle en ese momento, y le dije la verdad.

- Lo que estoy haciendo por ti, lo hago también por mí.

- No te entiendo, no sé qué quieres decirme con eso. Yo no he hecho nada por ti - Dijo Juan con honestidad - Sólo he dejado que me hables de Dios.

- Y te lo agradezco en el alma - Le dije, con los ojos húmedos - Has hecho un gran favor escuchándome, y me has ayudado mucho más, de lo que crees.

Juan no conocía nada de mi vida. Y lo que menos podía imaginar era, que gracias a él, había encontrado yo, de nuevo a Dios.

Nos despedimos, y quedamos en volver a vernos.

No hizo falta, que lo fuera a visitar de nuevo. Un sábado por la tarde, apareció, en casa de Marieta. Todos, nos alegramos mucho al verlo. Se puso manos a la obra, y rápidamente empezó a hacer amigos, en la búsqueda de Dios.

Habían transcurrido, siete años.

Hace una semana, me llevé una grata sorpresa, y una inmensa alegría. Pensaba que estaba soñando. Cuando llamaron al timbre de la puerta, fui y abrí. Mis ojos, no cabían en un gozo, al ver quien era el que estaba delante de mí, me abracé a él, musitando su nombre.

- ¡Amigo Rafael! ¡Por fin, te has acordado de mí!

Los dos estábamos abrazados. Sentía el calor de su cuerpo, era suave, y transparente como él.

Entramos al salón, y nos sentamos, uno frente al otro. Me sentía feliz. Rafael, respondió.

- Jamás, me he olvidado de ti todos estos años, te he tenido en mi pensamiento.

Mis deseos era contarle toda mi desgracia.

- He pasado una racha, de unos años malos. En ese tiempo, necesitaba que hubieses estado cerca de mí. Había muerto, y he vuelto a vivir.

- ¿Es referente, a tu mujer y a tu hija?

- ¿Lo sabías? - Le pregunté confiado en que estaba en lo cierto.

- Sí. Y era necesario que lucharas tú sólo. Sabía que eras fuerte, esta batalla estaba seguro que la ibas a ganar. No creas, que sentí miedo por ti. Dios, nos prueba duramente, y de muchas maneras, hasta que esta seguro, que se le ama.

- Amigo Rafael, tú que conoces tanto a Dios ¿Sabes por qué ha querido que yo sufra tanto?



- No creas, que has sido tú el único que has sufrido. Porque cuando tú sufrías, Dios lloraba.

Hacía una hora que estábamos hablando. Me levanté del asiento, para dirigirme a la cocina. Hice té, y en una bandeja, deposité dos tazas, y un platito con galletas. Dejé la bandeja sobre la mesa del salón. Era la primera vez, que Rafael y yo, merendábamos juntos. Me gustaba mirarlo como comía. Era distinto, a las demás personas que conocía.

La personalidad de Rafael, me atraía, y me impresionaba. Me hubiese gustado saber cosas de su vida. De él, nunca decía nada, yo no sabía nada de él, y él de mi, todo.

Después de tomar el té, me anunció que tenía que marcharse, y que en otra ocasión, nos volveríamos a ver.

Mi corazón quedó lleno de satisfacción, y de humildad. En mi pecho sentía, al niño de mis amores reír de felicidad.

Sin moverme del lugar donde estaba sentado, rogué a Dios, y le imploré, que me dijera algo sobre Rafael.

- ¡Dios mío! Escucha la voz de este humilde hombre que te llama ¿Quién es el amigo Rafael?

Oí la voz de Dios que dijo.

- ¡Hijo! Rafael, es un ángel, que he enviado a la tierra para que te ayudara a encontrarme.

Supe desde el primer día que conocí a Rafael, que no era como nosotros los humanos. Sé que no volveré a verlo nunca más, porque sabe, que no caeré, y que ahora, estoy despierto, y me siento el hombre más feliz de la tierra. Por supuesto, siempre tendré en mi memoria a mi hija. Con ella hablo todas las noches, me da ánimos para que siga adelante. También, la sueño, y me dice, que me quiere.

Cuando alguien ame a Dios, tiene que estar seguro, y gritarlo a los cuatro vientos. Ellos saben, que lo que se dice es verdad.

El deseo mío de siempre, es el de reunirme los fines de semana con mis amigos del alma, y nuestros corazones, están abiertos, para que el amor fluya entre nosotros.

Yo aconsejo a todas esas personas que desean buscar a Dios. Que lo hagan de corazón, con humildad, y que vayan despacio. De nada sirve correr, para después, tener que abandonar.

Le doy gracias a Dios, de poder amarlo tanto, y de seguirlo hasta el último día de mi vida.

Ayer por la tarde, a la salida de mi trabajo, me estaba esperando en la puerta, mi amigo Juan. Nos fundimos en un abrazo. Deseábamos los dos, hablar, y entramos en un bar. Nos sentamos, y cuando el camarero nos preguntó que bebíamos, dijimos que cerveza.

Él sigue siendo igual de rico o, quizá más, pues el número de cadenas de Hoteles, ha aumentado.

Me habló de él, y de su felicidad, jamás, lo había sido, más que ahora. También yo me siento feliz, de haber sabido elegir, el camino que conduce a la creación, y que es, esa gran energía que llamamos Dios.

## CON LA MIRADA PUESTA EN EL CIELO -1/9/1992

Cuando yo era niña me sentía feliz de todo lo que veía. La sonrisa jamás la perdía. Mi débil cuerpo estaba siempre expuesto, a los cambios bruscos, que mi salud, me hacía. Lloraba muchas veces en silencio, porque nadie me comprendía ¿Cómo me iban a comprender si siempre estaba contenta?

A mi vida, siempre venía a visitarme el crepúsculo, yo cuando lo veía llegar, le sonreía, y le preguntaba.

- ¿Te gusto? ¿Estás bien a mi lado? ¿Qué buscas de mí? ¿Me estás pidiendo que te enseñe a sonreír?

Yo miraba el rostro de los sinsabores, y veía en ellos, tristezas lejanas, soledad con lágrimas amargas, recuerdos que no se borran.

- ¡Ay de mí! Exclamé ¿Cómo pueden ir juntas las penas y las alegrías, los descontentos y la fantasía, la noche y el día, la tormenta y el sol naciente que sale cada día!

¡Ay de mí frágil cuerpo!

La hierba en mi jardín, volvía a crecer, y cuando el trigo de mi pradera estaba dorado, venía el crepúsculo, y lo cortaba segándolo. Con espanto, miraba cómo se llevaba todo en un brazado. Yo con lágrimas en los ojos, le decía adiós.

Otra vez, se había llevado mis esperanzas. Las había arrancado sin compasión. Se había llevado todas mis ilusiones, dejándome sola.

Llamé a la tristeza riendo, y le pregunté.

- ¿Sabes quien soy? - Ella me respondió.

- Eres el amanecer. Aunque mucho te pidamos, tú puedes volver a crear, y hacer un mundo nuevo.

Me quedé un rato mirando a la tristeza, y alegremente, le eché con mi mano un beso. Ella lo cogió aprisa, y me dijo casi sonriendo.

- Es la primera vez que siento, un granito de felicidad ¿Te das cuenta, lo necesario que eres para los demás?

Me fui a sentar al escalón de la puerta de mi casa. Esperaba, sin saber qué. Sentía deseos de llorar y de reír al mismo tiempo ¡Qué lío tenía en mi cabeza! ¡Dios mío, tú que todo lo ves! Que todo lo curas, haz que yo comprenda, lo que me está sucediendo ¿Por qué te busco, y te amo tanto? ¿Por qué estás en mis sueños y puedo tocar con mis manos, tu Divina cara? ¿Por qué estás atento cuando yo te hablo? ¿Por qué tu sonrisa hace que yo vea tú paraíso? ¿Por qué tu voz me calma, y cuando acaricias mi cabeza, apaciguas mi alma? ¿Por qué cuando lloro tú secas mis lágrimas y mi corazón escucha tu llamada? ¿Por qué cuando tocas mi mano escribo hermosas baladas?

Dime amor ¿Por qué yo te amo?

Miré la calle arriba, y vi que bajaba un anciano, de cabellos largos, y barba blanca. Se paró delante de mi casa, me observaba con una sonrisa, al mismo tiempo, que por sus ojos azul cielo, resbalaban dos lágrimas. Me dijo con voz suave y con calma.

- ¡Hola niña bonita! ¿Qué era lo que preguntabas?

Lo miré dulcemente, y pausadamente, le respondí.

- ¿Cómo sabías que había preguntado algo?

- Lo sabía niña bonita, hablabas conmigo. Me preguntaste cosas hermosas que quedaron sin respuesta. Ahora, te las puedo responder.

Antes que me dijera algo, le pregunté.

- ¿Por qué reías y llorabas al mismo tiempo?

- ¡Por la misma causa niña bonita, por la misma causa!

Posó su mano derecha en mi cabeza, acarició mi larga cabellera. Clavó con amor, sus pupilas en las mías, y luego me dijo.

- Niña fina y refinada expresión. Dentro de ti cobijas el sufrimiento y el dolor. La alegría y la desilusión. El trabajo y el perdón, la desventura y el amor.

Seguirás creciendo y sufriendo. Y siempre serás la misma, y tendrás, el mismo temperamento. Esto es, lo que hace que todo el universo gire y funcione. Recuerda, que el amado Jesús en la tierra, llamaba al apóstol del amor, Hijo del trueno, por el temperamento que tenía.

El amor, es fuerte y noble. Tú posees, esos dos dones, porque haces un trabajo maravillosamente bueno. No te aflijas, no llores, no te laments, porque detrás de ti está el Maestro, mirándote, sonriendo, paciente.

Niña bonita, habla con el amado, y pon atención a lo que te dice. Ahora me despido de ti, y te deseo, dulces sueños.

Miraba su silueta de anciano como bajaba la calle, y cada paso que daba, yo oía unas frases que decían.

- Admirando su bella silueta, se encuentra el descanso infinito - Mirando su frente, se ve el paraíso y todas las cosas que viven allí - Tocando sus dedos, nuestras manos, descansan en la eternidad - Su misteriosa mirada, nos otorga el sueño de toda la noche - Besando sus pies, se encuentra el camino que hay que recorrer - Mirando sus rosadas uñas, se puede ver como está nuestro espíritu - Besando sus manos, él nos acaricia con amor del suyo - Llamándolo amado, él nos habla y nos bendice - Si caminamos en sus pisadas, él nos otorga el favor de seguirlo - Si subimos a las altas montañas, viene y nos coge de su mano, para llevarnos a ver sus moradas - Si ponemos oído cuando él nos habla, podemos comprobar que su voz es música de arpa - El Dios del universo es bello, humilde, y su amor, no tiene límites -

Mirando el rincón más profundo de nuestra alma, vemos el dedo, que nos señala, con amor infinito - Nadie se puede esconder de la mirada de Dios - Todo lo que se hace, él, lo ve, porque siempre está vigilando.

El amado es mi guía. Mi Maestro, mi Amigo, mi Señor, mi soberano, mi Rey, mi sostén, mi luz, mi descanso y sosiego.

    Mi voluntad es la de él.

    Mi fuerza, la suya.

    Mis pupilas son, sus miradas dulces y acariciantes.

    Mi boca son sus palabras.

    Mi contento es, su alegría.

    Mis manos, son sus caricias.

    Mis pies, su caminar.

    Mis oídos, su voz.

    Mi soledad, su silencio.

    Mi pensar, su mente.

    Mis sacrificios, sus sufrimientos.

    Mi risa, su bienestar.

    Mi desnudez, su verdad.

    Mis penas, sus lamentos.

    Seguir amándolo, es glorificarlo en todo el universo.

## SIGUIENDO AL MAESTRO - 4/6/1992

Los almendros estaban en flor. La belleza que había en sus flores, era esplendorosa.

Hacía poco que todo había terminado. Habían pasado quince días, y ya no se hablaba en la gran ciudad ni en los pueblos del hombre que habían crucificado. Nadie se acordaba del martirio, que le hicieron pasar, los soldados romanos.

Los que fueron sus discípulos, estaban todos escondidos. Unos en casa de amigos fieles, y otros se habían ido a vivir, a cuevas. Temían que les sucedieran, lo mismo que al Maestro. Eran hombres y mujeres apocados. Pero dentro de esa timidez que tenían, amaban por encima de todas las cosas, a Dios, y por supuesto, al Maestro. Lo recordaban con amor, y nostalgia, cuando se reunían para hablar de él. Se había sacrificado por todos ellos, y también, por quién no conocía.

Lucrecia había seguido todo el proceso de Jesús, el hijo de Dios, pero no participó en nada. Conocía al Maestro, y a sus discípulos de predicar en las plazas de los pueblos. En Jesús vio, un hombre de gran temperamento, y sobretodo, muy sabio.

Ella no se hacía la pregunta, si lo que decía y hacía Jesús, era verdad o no. Sólo fue espectadora, como mucha gente más, sin seguirlo.

Lucrecia estaba parada junto a los almendros que había en flor, alrededor de su casa. Recordaba todos estos acontecimientos que habían sucedido. Y se paró a pensar - ¿Por qué lo mataron? ¿Sólo por proclamarse el Mesías? Era posible que lo fuera ¿Por qué no?

Lucrecia no cesaba de mirar las flores de los almendros, al mismo tiempo que aspiraba el perfume que desprendían las flores. Por sus mejillas resbalaban dos lágrimas, recordando, algunas de sus palabras. Resonaban en sus oídos, una frase que un día dijo el Maestro en la montaña.

- Nada haréis sin mí. Y para que todo lo obtengáis, tenéis que pronunciar mi nombre. Y mi Padre que está en los cielos, os lo dará.

Lucrecia quitó con las yemas de sus dedos las lágrimas que corrían por sus mejillas.

- ¡Qué frase más hermosa! - Dijo en voz alta.

Una mariposa blanca, fue a posarse en una rama de flores del almendro. Lucrecia la miraba enternecida. Sus alas eran grandes, de una gran belleza y de grandes antenas. Lucrecia pensó, que se quería comunicar con ella. Era un bonito ser alado y de un blanco inmaculado. Quería decirle algo. Lucrecia avanzó dos pasos, y le habló, en voz alta.

- ¡Vamos, dime qué quieres decirme!

La mariposa movía las antenas de un lado a otro. Incluso, parecía que la estuviese mirando.

En esos instantes, Lucrecia pensó en uno de los discípulos de Jesús, que un día hablando con él, le preguntó.

- Te he visto unas tres veces entre la gente que nos siguen ¿Te gusta cómo habla el Maestro? ¡Si en verdad lo quieres seguir, díselo a él! También hay mujeres que son discípulas tuyas.

Lucrecia dejó a un lado este pensamiento, y dirigiéndose a la mariposa le dijo.

- Ahora sí, quisiera ser discípula de Jesús, pero ya no está aquí, no puedo decírselo. Los que eran sus discípulos, no sé donde se encuentran, pues, están dispersados en lugares distintos.



De pronto, le vino a la mente, una frase que Jesús dijo en la montaña.

- Lo que queráis pedirle al Padre, hacerlo, en mi nombre.

Lucrecia dio un grito de alegría, y exclamó. ¡Gracias, bella mariposa, de haberme ayudado, a encontrarlo!

En esos instantes, la mariposa voló de esa rama, rozando los cabellos de Lucrecia. Ella la siguió con la mirada. Vio cómo subía volando, hasta que se perdió, en el cielo infinito.

La vista de Lucrecia iba parándose en todo lo que veía, mientras que musitaba.

- ¡Jesús, hijo de Dios! Deseo encontrar a uno de tus discípulos.

Habían transcurrido tres días.

Lucrecia se hallaba en un mercadillo, con una de sus hermanas, comprando tejido blanco para confeccionarse, una túnica. Cerca de donde ellas estaban, había un puesto de fruta. Al girar la cabeza, reconoció en este puesto, a un discípulo de Jesús, que estaba comprando manzanas. El rostro de Lucrecia se llenó de felicidad. Se dirigió a su hermana y le dijo.

- Espérame aquí, voy al puesto de fruta, para hablar, con el hombre que está comprando.

- ¿De qué lo conoces? - Le preguntó su hermana.

- Te lo diré luego.

Lucrecia llegó hasta el puesto de fruta, para hablar con el hombre que estaba comprando.

- ¡Paz hermano! - Dijo Lucrecia.

Este saludo lo utilizaba el Maestro. Juan miró a su derecha. Al instante, reconoció a Lucrecia, y con una sonrisa le respondió.

- ¡Paz hermana!

La emoción de Lucrecia era grande. Tenía delante de ella, al preferido de los discípulos de Jesús. Y con los ojos húmedos dijo.

- He pedido al Padre, que me encontrara con alguno de vosotros, y el milagro se acaba de realizar.

Juan pagó las manzanas, y se separó del puesto de fruta, no debía oírlos nadie, de lo que iban a hablar. Lucrecia iba a su lado, y se pararon en medio de la plaza, donde nadie, los podía oír.

Juan preguntó con un tono de voz dulce.

- Dime hermana ¿Me buscabas? ¿Quieres algo de mí?

- Exactamente todavía no lo sé - Respondió Lucrecia con la mirada puesta en la de Juan, aunque algo tímida - Oigo la voz de tú Maestro, cómo me retumba en los oídos sus frases repletas de amor. Delante de mis ojos, aparece su crucifixión, y todo el espanto que conllevó hasta el final. Mi corazón está roto de dolor.

Juan, miraba a Lucrecia con sumo amor, escuchando sus palabras le preguntó.

- ¿Cómo te llamas?

- Lucrecia.

- ¡Por lo que veo, recuerdas bien al Maestro!

- Mucho, y ahora, lo tengo cada instante en mi pensamiento. Una de las veces que subí a la montaña, te fijaste en mí, llegaste a donde yo estaba, y me preguntaste - ¿Te gusta seguir al Maestro? - Pues, creo que lo que me está sucediendo, es parte a la pregunta que me hiciste.

- Estas afirmando que te gustaría seguirlo ¿No es cierto? - Preguntó Juan con una leve sonrisa.

- Tengo un lío muy grande en mi cabeza. Siento amor por el Maestro, creo eso. Y por otro lado, no estoy segura de seguir sus reglas, tal como las puso.

Juan posó su mano derecha sobre la cabeza de Lucrecia. Estaba, bendiciéndola, al igual que lo haría el Maestro. Acto seguido, metió su mano en el bolsillo de su túnica, y extrajo un papel con una dirección escrita. Se la entregó a Lucrecia diciéndole.

- En esta dirección me encontrarás, ahora estoy provisionalmente, ven a verme cuando quieras. Es aquí donde nos reunimos todos, estarán contentos de recibirte.

- ¡Es maravilloso! - Repetía Lucrecia una y otra vez.

Oyó la voz de su hermana, al tiempo que le tocaba el hombro.

- ¿Vienes? ¡El hombre de las telas, te está esperando!

Lucrecia giró la vista hacia su hermana, y señalando a Juan le dijo.

- Es un discípulo del Maestro.

- ¿De qué Maestro? - Preguntó su hermana extrañada.

- Del hombre que crucificaron. Fui a la montaña en varias ocasiones para oírlo hablar.

La hermana de Lucrecia, miraba a Juan con curiosidad, pero no dijo nada al respecto. Sólo habló con Lucrecia para decirle.

- Tenemos que irnos, se nos está haciendo tarde, y todavía tienes que elegir la tela que buscas.

Juan, sonrió a Lucrecia. Ella agitó su mano diciéndole adiós.

Habían transcurrido varios días del encuentro entre Juan y Lucrecia. Ella no podía quitarse del pensamiento a Juan. Deseaba con todas sus fuerzas ir a verlo para hablar del Maestro. Sabía que a partir de la primera vez que lo fuera a visitar, iría a menudo a verlo. Guardaba cuidadosamente la dirección que le había dado.

Lucrecia pensaba también mucho en su familia. Y el día que tomara una decisión, ya jamás sería la misma de antes.

Esto, también hacía retardar, ir a visitar a Juan. Pues, de sobra sabía, que quién se uniera a los discípulos, era para hacer una comunión con Dios. Sería diferente, y tendría que cambiar muchos hábitos. Era el Maestro quien lo decía, y debía ser así.

La inquietud de Lucrecia iba en aumento, y este comportamiento suyo, hacía que sus padres la notaran algo nerviosa e intranquila. Quería mucho a sus padres, pero aún más a Dios, y un amor profundo, que sentía por el Maestro Jesús.

La madre de Lucrecia fue la primera en darse cuenta que su hija había cambiado, no era la misma, el interés por las cosas, lo había perdido. Ahora se comportaba de una manera extraña, y bastante soñadora.

Lucrecia no escondió nada a su madre, y le contó, la verdad de todo.

- Mamá, he decidido ir en busca del discípulo del Maestro. Deseo ser, una más con ellos.

Su madre la oía totalmente desconcertada, no pensaba que fuera tan grave el nerviosismo de su hija, y que sería algo pasajero.

- Tu padre y yo, hemos hablado sobre ti. Él no le ha dado importancia a tu comportamiento, alegando que eres joven, y te podrías haber enamorado.

Lucrecia se rió, y dijo.

- Es cierto que estoy enamorada.

- ¿Qué estas diciendo ahora criatura? Me estás hablando de ir al encuentro del discípulo del Maestro ¿Qué tiene que ver eso con el amor?

Lucrecia se aproximó a su madre y le dio un beso en la mejilla, luego le dijo.

- Mamá, el Maestro es el amor ¡Es de él de quién estoy enamorada!

La madre entendía cada vez menos. Todo lo que se estaba hablando, era nuevo para ella.

- ¿El Maestro no está muerto? - Preguntó totalmente confundida.

- El Maestro murió en la cruz, pero según sus apóstoles, y así yo lo creo, está vivo.

- ¿Insensata, cómo puedes decir eso? Todos sabemos que los hombres lo crucificaron ¡Está muerto!

Lucrecia negaba sin dejar de sonreír.

- ¡Está vivo mamá! Yo lo siento a mí alrededor, oigo su voz y sus palabras. Su voz, enamora, cautiva y embruja.

- ¡Ah! Ya sé lo que ha hecho ese apóstol contigo - Exclamó dando un grito - ¡Te han dado de beber un líquido que embruja, es por eso que hablas de ese modo!

- Mamá, nadie me ha dado nada para beber ¡O quizá sí! Si así fuera, lo hizo el Maestro en vida. Puede que me hiciera beber de su cáliz.

- ¿Bebiste del cáliz del Maestro? ¿En qué ocasión te dio de beber?

- Mamá, es un símbolo de lo que estoy hablando.

- ¿Es un símbolo dices? ¡No sé que quieres decir con eso, pero de lo que estoy segura, es que has perdido la cabeza! El lenguaje que utilizas, no es el tuyo, lo que hablas, no eres tú quién lo dice, eres mi hija y te conozco muy bien.

En esos instantes, el padre de Lucrecia hizo su aparición. Hacia rato que oía a su esposa, y a su hija hablar del tema que les preocupaba.

Lucrecia miró a su padre para verificar su semblante, por el gesto que tuviera, era como se encontraba. La ternura no la utilizaba para su esposa, ni para sus hijas. Mayormente, vivía para él, y su familia pasaba a un segundo plano.

Lucrecia recordaba en esos instantes al Maestro, cómo derrochaba todo su amor en los demás, y pensaba - ¿Guarda

para él algo? Estaba segura que no. El jardín de grandes aromas que desprendía su Divino ser, lo extendía entre toda la muchedumbre, y hasta la última persona que lo estaba oyendo llegaban los perfumes a Rosas y Jazmines.

Lucrecia guardaba una prueba de ello. En una de las veces que subió a la montaña, y esos aromas impregnaban aquél lugar. Ella agitó su pañuelo al aire, el tisú recogió los aromas que se movían en el viento, y que iban en todas direcciones. El pañuelo quedó impregnado de esos dulces perfumes. Varias veces al día cogía el pañuelo entre sus manos y aspiraba, hasta quedarse casi dormida pensando en el Maestro.

En la cena, apenas se podía hablar, el ruido que se oía, era el de la cuchara. Hubiese querido hablarle a su padre, del Maestro, pero no lo hizo, esto la llevaría a que su padre la castigara, y la reprimiera en todo. Lo observaba como comía, con la mirada puesta en el plato. Su mujer y sus dos hijas tenían que seguirlo para que todo fuera bien.

Al terminar de cenar, Lucrecia se fue pronto a dormir. Lo hizo de ese modo para que su padre no le pidiera explicaciones sobre el apóstol Juan. Le exigiría que le diera la dirección que le había entregado. Fue su hermana quién les contó lo ocurrido a sus padres. No entregaría la dirección, aunque su padre la maltratara, la tenía bien escondida para que nadie la pudiese encontrar. Después de haber conocido al Maestro, a nada le tenía miedo. Se sentía guiada por él, su aroma iba a donde ella. El Maestro transmitió su fuerza a todos, para que siguieran haciendo la labor que él vino hacer en la tierra.

Lucrecia lo tenía todo bien pensado. Siempre había hecho la voluntad de sus padres. No estaba casada, porque ellos, no vieron con buenos ojos, al joven que la amaba, y

que ella amaba también. Decían, que no era lo suficiente rico para su hija.

A la mañana siguiente, nada más amanecer, Lucrecia salió de su dormitorio sin hacer ruido para que no se despertaran sus padres y su hermana. La dirección que Juan le dio la llevaba con ella. Cruzó la ciudad con rapidez, lo que menos deseaba era encontrarse con alguien que la conociera, eso sería dejar una huella.

Llegó a un barrio pobre y alejado de la ciudad. Estaba delante de la puerta que correspondía a la dirección. Se aproximó, y llamó dos veces con la palma de su mano derecha. No tardó en venir abrir una mujer de mediana edad, amablemente le preguntó.

- ¿Qué deseas?

Lucrecia le mostró la dirección que Juan le había dado, y le dijo.

- Quisiera ver al apóstol Juan ¿Es posible?

- Sí desde luego.

Antes que la mujer fuera avisar a Juan, él se acercaba, y se alegró de ver que se trataba de Lucrecia. Hizo paso para que entrara.

La casa por dentro era grande, y sin ninguna comodidad. Se quedaron sentados en sillas de madera.

- ¡Paz hermana! - Dijo Juan para comenzar el dialogo que la traía.

- ¡Paz hermano! Vengo a pedirte consejo de lo que debo hacer. Mis deseos son, los de integrarme a vosotros, pero mis padres me lo impiden ¿Qué debo hacer?

- Lo único que te puedo decir, es que escuches a tu corazón, que es la voz de tu conciencia, y que recuerdes, las palabras del Maestro.

Lucrecia miraba de frente los ojos del apóstol Juan. Su manera de mirar era dulce, relajante, y junto con su voz

había armonía en su entorno, formando una aureola dorada igual que el oro, dando resplandores.

- Por lo que me dices, creo que oigo la voz de mi conciencia-  
Dijo Lucrecia - Estoy segura que se trata de eso. Me dice, que me una a vosotros, que me quede en el círculo de hombres y mujeres, que siguieron al Maestro, y que cada vez son más.

Lucrecia había decidido cuando llegara a casa de sus padres. Contarles toda la verdad, y la decisión que había tomado. Ahora ya no sentía miedo, su voluntad había cobrado mucha fuerza. Ella incluso se sentía distinta.

Lucrecia se fue a vivir donde el apóstol Juan permanecía por temporadas. Había hermanos y hermanas que vivían en comunidad, recordando al Maestro, y sus palabras.

Lucrecia amó mucho al Maestro Jesús, y tanto habló de él, que no le importaba que fuera perseguida por la justicia. Ella había conocido al Mesías, y la embujo con sus palabras, y con su mirada dulce celestial.

¡Aleluya! ¡Aleluya! ¡Aleluya!



## EL ESPÍRITU CONFUSO - 30/6/1992

El espíritu andaba con pasos lentos, de todo el cansancio que llevaba. Se dirigía hacia su último destino. Iba pensando en todo lo que en la tierra había hecho, y muy triste decía.

- No estoy satisfecho, he vivido ochenta años ¿Qué es lo que he aprendido? ¡Nada! Todo ese tiempo lo he estado empleando sólo para alimentar el cuerpo que me prestaron, y que después, me pidieron, porque no era mío.

- ¿Cómo era mi cuerpo? Ya no lo recuerdo ¿Tanto como lo cuidé, para gustar a los demás? Ahora sólo me veo como soy. Camino sin rumbo. No conozco estas calles, ni plazuelas ¡Qué cansado estoy!

El espíritu harto de andar, se sentó en un banco que había, allí sentado empezó a oír lamentos y dolor, de gentes que gritaban sus desgracias.

Se dio la vuelta, y vio a otros espíritus, que caminaban despacio por detrás de él. Iban contándose cada uno, sus temores y penas.

De pronto, una luz apareció por el horizonte. Brillaba como la plata, y dentro de la luz, había una mano angelical, que les hacían señales para que avanzaran.

- ¡Vamos, avanzar!

Todos los espíritus que andaban perdidos, al oír esta señal, se alegraron, y se dispusieron a ir corriendo al encuentro de la mano que les señalaba el camino. Gritaban.

- ¡Gracias Dios mío, muchas gracias!

## UNA PEQUEÑA NINFA - 2/7/1992

Sabina había sufrido mucho, todo el tiempo que estuvo fuera del Palacio de las ninfas.

Ella era una. Un día habló con la Reina de las Ninfas, y le dijo.

- Quiero salir de Palacio para conocer el mundo. Mis deseos son, saber cómo es, y la clase de gente que lo habita.

La Reina le advirtió diciéndole.

- Sufrirás desengaños grandes con ellos. Pues no son como te lo imaginas. Nosotras las Ninfas, sabemos que los humanos existen. Pero ellos no admiten que se diga, que nosotras existimos. Pueden causarte mucho daño. Te están viendo, y decir que no es cierto. Dicen que nuestra existencia es invención de mentes enfermas, y fantasiosas.

Sabina creyó todo lo que le dijo su Reina, pero como era aventurera, quería convencerse por sí misma. Se despidió de su Reina y de sus compañeras, y a la mañana siguiente al amanecer el día estiró sus finas alas, y se marchó volando por una de las ventanas de Palacio.

Llevaba con ella muchas ilusiones, y muchas cosas para hacer. Su gran ilusión, mostrarse tal como era a los humanos, y decirles - Soy la ninfa Sabina.

Había transcurrido un tiempo desde que Sabina había volado de Palacio. Tanto la Reina cómo las demás ninfas se preocupaban por ella, deseando con todas sus fuerzas que volviera pronto.

Llamaban a la puerta de Palacio. La ninfa guardiana se apresuró y abrió la puerta. Delante se encontraba el cuerpo cansado y abatido de la inconfundible Sabina. Apenas podía mantenerse con las alas en el aire, las pocas fuerzas que le quedaban la habían dejado sin respiro. La ninfa guardiana, tuvo tiempo de mantenerla encima de ella, al mismo tiempo que pedía ayuda. Rápidamente, vinieron dos ninfas a la voz de auxilio. Llevaron el cuerpo desvanecido de Sabina, a un lugar de descanso.

Cuando estuvo restablecida, se presentó ante la Reina, para pedirle disculpas, por su ignorancia, de querer conocer a los humanos, arriesgándose y desobedeciendo, los ruegos que la Reina le hizo, previniéndola de los peligros que corría.

Sabina empezó su relato, recordándolo, con tristeza.

- Me aproximé a una joven, que tenía facilidad para verme. Hice que ella me viera. Y mientras ocurría, ella gritaba diciendo, que no era verdad lo que estaba viendo, y que estaba loca.

Cuando la oí decir eso y ver cómo me despreciaba. Noté en mis alas un dolor inmenso, al mismo tiempo que se debilitaban.

Luego, me trasladé como pude a otro lugar. Necesitaba recobrar la fuerza por mediación de otro ser humano, que estuviese dispuesto a verme, y dar conocimiento de nuestra existencia. Conocí una niña de cinco años de edad, tenía que dejarme ver por ella. Era una niña con mucha fantasía, con la mirada de soñadora. Era necesario que me viera, y diera testimonio. Tenía que recuperar mis fuerzas, y olvidar el primer fracaso.

La niña me veía. Hacía tres días que las dos jugábamos en su habitación. Mi recuperación se iba haciendo lentamente, estaba ya casi bien. Entonces, la niña le habló a

su madre de mí, que jugaba con una ninfa en su dormitorio, a unos juegos bonitos.

La madre al oírla decir esto, se enfadó con su hija, diciéndole - Que las ninfas no existían, y que si decía eso otra vez, la llevaría al medico, para que la curara de un mal que padecía.

En aquellos instantes, empecé a encontrarme peor de lo que antes estaba. Mis alas no podían ponerse derechas, ni ponerlas hacia arriba para volar. La niña se daba cuenta en el estado que yo me encontraba, y sus deseos eran los de ayudarme, repitiendo a su madre, que era verdad todo lo que decía. Su madre se arrodilló ante ella, cogió su manecita diciéndole - Nada de lo que dices es verdad. Te he dicho antes, que las ninfas no existen, lo has debido soñar.

La niña seguía viéndome, pero me ignoraba, hasta el punto de decirle a su madre - Es cierto lo que dices mamá, aquí no hay ninguna ninfa.

Mi cansancio aumentó, y mi debilidad se hizo grande. Entonces fue cuando decidí volver a Palacio. Estaba segura que iba a morir entre los humanos.

¡Mi Reina, te pido perdón por haberte causado tantos estragos, y que tu recuerdo lo tuvieras puesto en mí! Tú cuidas de todas nosotras, y si algo malo nos ocurriera a alguna de nosotras, sufres mucho. Pues, para ti, somos como hijas.

He sido egoísta, pensando sólo en mí. Sin darme cuenta, que nos quieres y nos enseñas.

La Reina miraba con ternura a Sabina. Sus ojos almendrados de color violeta, sonreían delicadamente, repletos de amor y de comprensión.

La Reina dijo a Sabina.

- No te ha sucedido nada, y has podido llegar a Palacio, porque yo de lejos te estaba vigilando, mandándote energía y

buenos pensamientos. Has realizado la aventura que deseabas, y ahora te das cuenta que los humanos, no son como tú pensabas ¡Por supuesto que no! Equivocándote es la mejor manera de aprender. Antes de llegar a ser Reina, me equivoqué muchas veces, hasta alcanzar la perfección.

Sabina escuchaba con suma atención, las palabras sabias de la Reina. Sabina le preguntó.

- En una ocasión nos hablaste de los humanos, y nos dijiste, que habían personas que nos querían y sentían un gran amor por las Hadas y ninfas. También, que creían en nosotras.

La Reina sonrió, y dijo.

- La última niña que fuiste a visitar, cree en nosotras, es por eso que te vio, y pudo jugar contigo. Ahora es pequeña para enfrentarse con los más grandes, y decirles la verdad de todo.

Cuando sea mayor, nos defenderá, y podrá visitar nuestro Reino. Podrá escribirlo, y cómo somos y vivimos. Las demás personas nos verán, por lo que ella diga y escriba.

La mayoría de los humanos, sólo ven, lo que tienen delante de sus ojos. No están mágicamente hechos para ver lo oculto, los mundos que hay detrás de todo lo que no se ve.

Sabina se sentía feliz de poder responder a esa pregunta y dijo.

- Todas las Reinas de hadas y ninfas, sabemos cuando un niño o niña nace, si puede vernos y oírnos. Es por eso que estamos volando a su alrededor, desde el momento que nacen. Cuidamos de ellos, porque vienen de un mundo especialmente mágico.

Antes de nacer, estaban en contacto con nosotras. Es por eso que después, nos reconocen, y están en sumo contacto, viéndonos y oyéndonos.

Sabina estaba arrepentida, de no haber sabido más sobre los humanos.

Permanecía sentada a los pies de su Reina. Posó su cabecita sobre ellos, y se quedó dormida.

CLARA EISMAN